

Cómo acabar
de una vez
por todas con
la cultura



Woody
Allen

Como acabar de una vez por todas con la cultura

Woody Allen

Traducido por Marcelo Covian
Tusquets Editores, Barcelona, 1974
Sexta edición, 1979

Título original
Getting Even, 1971

Todos los textos de este libro aparecieron originalmente en «The New Yorker» excepto los siguientes: *The Discovery and Use of the Fake Ink Blot*, apareció por primera vez en «Play-boy»; *Viva Vargas!*, apareció por primera vez en «Evergreen Review»; *A Twenties Memory*, apareció por primera vez como *How I Became a Comedian*, en «Panorama, Chicago Daily News». *Count Dracula*, *Conversation with Helmholtz* y *Mr. Big* fueron escritos especialmente para este libro. Las fechas van desde 1966 hasta 1971.

La paginación se corresponde
con la edición impresa. Se han
eliminado las páginas en blanco

Letra e

Para acabar con la crítica freudiana

Las listas de Metterling

Por fin, Venal & Sons ha publicado el primer volumen tan largamente esperado de las listas de ropa de Metterling (*Las listas completas de ropa de Hans Metterling*, vol. I; 437 páginas, con una introducción de XXXII págs.; índice; \$ 18.75), con un comentario erudito del conocido estudioso de Metterling, Gunther Eisenbud. La decisión de publicar esta obra por separado, antes de la finalización de la inmensa *oeuvre* en cuatro volúmenes, es satisfactoria e inteligente ya que este libro contumaz y espumante dejará de inmediato sin efecto los desagradables rumores de que Venal & Sons, después de haber cosechado ganancias sustanciosas con las novelas, obras de teatro, cuadernos de anotaciones, diarios y cartas de Metterling, sólo buscaba seguir recibiendo beneficios del mismo material. ¡Cuan errados han estado los propagadores de rumores! Por cierto, la mismísima primera lista de ropa de Metterling

LISTA N.º 1

6 pares de shorts

4 camisetas

6 pares de calcetines azules

4 camisas azules

2 camisas blancas

6 pañuelos

Sin almidón

sirve como introducción perfecta y casi absoluta a este genio problemático, conocido por sus contemporáneos como el «Raro de Praga». Esta primera lista fue garrapateada mientras Metterling escribía *Confesiones de un queso monstruoso*, obra de sorprendente importancia filosófica en la que probó no sólo que Kant estaba equivocado acerca del universo, sino que tampoco había cobrado nunca un cheque. La re-

pugnancia que sentía Metterling por el almidón es típica de la época, y cuando este paquete de ropa le fue devuelto demasiado rígido, Metterling se puso de mal humor y sufrió un ataque de depresión. Su ama de llaves, Frau Weiser, informó a algunos amigos de que «Hace días que Herr Metterling está encerrado en su habitación llorando porque le han almidonado los calzoncillos». Por supuesto, Breuer ha señalado ya la relación existente entre los calzoncillos almidonados y la sensación permanente que tenía Metterling de que hablaban de él hombres con carrillos (*Metterling: Psicosis paranoico-depresiva y las primeras listas*, Zeiss Press). Este tema de la incapacidad para seguir instrucciones aparece en la única obra teatral de Metterling, *Asma*, cuando Needleman lleva la pelota de tenis maldita a Valhalla por equivocación.

El obvio enigma de la segunda lista

LISTA N.º 2

7 pares de shorts

5 camisetas

7 pares de calcetines negros

6 camisas azules

6 pañuelos

Sin almidón

son los siete pares de calcetines negros ya que hace mucho tiempo es *vox populi* el que Metterling era sumamente proclive al azul. Sin duda, durante años, la mera mención de cualquier otro color le ponía hecho una furia y en una oportunidad dio un empujón a Rilke y le hizo caer sobre un montón de miel porque el poeta dijo que prefería las mujeres de ojos castaños. Según Anna Freud («Los calcetines de Metterling como expresión de la madre fálica», *Journal of Psychoanalysis*, nov. 1935), este cambio súbito a ropajes más sombríos está relacionado con la infelicidad que le produjo el «Incidente de Bayreuth». Allí fue donde, durante el primer acto de *Tristán*, no

pudo contener un estornudo e hizo volar el peluquín de uno de los más ricos benefactores del teatro. La audiencia se convulsionó, pero Wagner salió en su defensa con el ahora ya clásico comentario: «Todo el mundo estornuda». Para colmo, Cósima Wagner estalló en sollozos y acusó a Metterling de sabotear la obra de su marido.

Ya no puede haber la menor duda de que Metterling tenía interés en Cósima Wagner; sabemos que una vez la cogió de la mano en Leipzig y cuatro años más tarde, una vez más, en el valle del Rhur. En Danzig, se refirió tangencialmente a la tibia de Cósima durante el transcurso de una tormenta y ella decidió que era mejor no volverlo a ver nunca más. De regreso a su casa en estado de agotamiento, Metterling escribió *Pensamiento de un pollo* y dedicó el manuscrito original a los Wagner. Cuando éstos lo utilizaron para estabilizar la mesa de la cocina que tenía una pata más corta, Metterling se enfadó y cambió a calcetines oscuros. Su ama de llaves le rogó que conservara su azul amado o que por lo menos hiciera un intento con el marrón, pero Metterling la maldijo exclamando: «¡Perra, ¿y por qué no escocesas, eh?!»

En la tercera lista

LISTA N.º 3

6 pañuelos

5 camisetas

8 pares de calcetines

3 sábanas

2 fundas de almohada

se menciona por primera vez la ropa de cama: Metterling sentía pasión por la ropa de cama, en especial las fundas que él y su hermana, cuando niños, se ponían sobre la cabeza cuando jugaban a los fantasmas, hasta que un día él se cayó de cabeza en una cantera de rocas. A Metterling le gustaba dormir con ropa de cama limpia y lo mismo le suceden a sus personajes

de ficción. Horst Wasserman, el herrero impotente de *Filete de arenque*, comete un asesinato por un cambio de sábanas, y Jenny, en *El dedo del pastor*, está dispuesta a acostarse con Klinesman (a quien ella odia por haber frotado a su madre con mantequilla) «si esto significa echarse entre sábanas suaves». Es una tragedia que la lavandería jamás dejara la ropa de cama a satisfacción de Metterling, pero afirmar, como lo ha hecho Pflatz, que su consternación al respecto no le permitió terminar *Adónde vas, cretino*, es absurdo. Metterling se permitía el lujo de enviar a lavar sus sábanas, pero no dependía de eso.

Lo que impidió a Metterling terminar su libro de poesía, durante tanto tiempo proyectado, fue un romance abortado que figura en la «Famosa Cuarta» lista:

LISTA N.º 4

7 pares de shorts

6 pañuelos

6 camisetas

7 pares de calcetines negros

Sin almidón

Servicio especial en veinticuatro horas

En 1884, Metterling conoció a Lou Andreas-Salomé y de pronto nos enteramos de que a partir de entonces exigió que se le lavara la ropa todos los días. En realidad, los presentó Nietzsche quien dijo a Lou que Metterling era un genio o un idiota y que viera si podía averiguarlo. En ese tiempo, el servicio especial en veinticuatro horas se estaba volviendo bastante popular en el Continente, en especial entre intelectuales, y la innovación fue bien recibida por Metterling. Al menos era rápido, y Metterling adoraba la rapidez. Siempre se presentaba a las citas temprano —a veces varios días antes y entonces lo

tenían que acomodar en el cuarto de huéspedes—. A Lou también le encantaba el envío diario de ropa limpia de la lavandería. Era como una niña en su alegría; a menudo llevaba a caminar a Metterling por el bosque y allí abría el último envío del escritor. A ella le encantaban sus camisetas y sus pañuelos, pero más que nada adoraba sus shorts. Le escribió a Nietzsche que los shorts de Metterling eran lo más sublime que había encontrado en su vida, incluyendo *Así hablaba Zaratustra*. Nietzsche se comportó como un caballero al respecto, pero siempre sintió celos de los calzoncillos de Metterling y le contó a sus íntimos que le parecían «hegelianos en extremo». Lou Salomé y Metterling se separaron después del Gran Desastre de la Melaza de 1886, y, si bien Metterling perdonó a Lou, ésta siempre dijo de él que «su mente tenía rincones de hospital».

La quinta lista

LISTA N.º 5

6 camisetas

6 shorts

6 pañuelos

ha confundido siempre a los estudiosos, principalmente por la total ausencia de calcetines. (Por cierto, Thomas Mann, años más tarde, se interesó tanto por el problema que escribió toda una obra de teatro sobre el tema; *Las calcetas de Moisés* que, en un descuido, se le cayó en un albañal.) ¿Por qué este gigante de la literatura súbitamente sacó los calcetines de su lista semanal? No fue, como dicen algunos estudiosos, una señal de su creciente locura, aun cuando Metterling por aquel entonces había adoptado ciertas extrañas características en su conducta. Por ejemplo, creía que lo seguían o que él seguía a otra persona. Contó a unos amigos íntimos algo acerca de un complot gubernamental para robarle el mentón; y, en una ocasión, durante unas vacaciones

en el Jena, no pudo decir otra cosa que la palabra «berenjena» durante cuatro días seguidos. Empero, estos ataques fueron esporádicos y no explican la desaparición de los calcetines. Tampoco lo hace su emulación de Kafka quien, durante un breve período de su vida, dejó de usar calcetines debido a un sentimiento de culpa. Pero Eisenbud nos asegura que Metterling continuó usando calcetines. ¡Simplemente dejó de enviarlos a la tintorería! ¿Y por qué? Porque en esa época de su vida, consiguió una nueva ama de llaves, Frau Milner, quien consintió en lavarle los calcetines a mano (un gesto que emocionó tanto a Metterling que dejó a esa mujer toda su fortuna, consistente en un sombrero negro y un poco de tabaco). Asimismo, ella aparece en el personaje Hilda en su alegoría cómica, *El icor de Mamá Brandt*.

Es obvio que la personalidad de Metterling empezó a fragmentarse en 1894, si podemos deducir algo de la sexta lista:

LISTA N.º 6

25 pañuelos

1 camiseta

5 shorts

1 calcetín

y ya no resulta sorprendente que, en aquel período, empezara un tratamiento de análisis con Freud. Había conocido años antes a Freud en Viena cuando los dos acudieron a la representación de *Edipo*, ocasión en la que Freud debió ser sacado del teatro presa de un ataque de sudor frío. Las sesiones fueron tormentosas y, si creemos en las anotaciones de Freud, el comportamiento de Metterling fue hostil. En un momento, amenazó con almidonar la barba de Freud y con frecuencia decía que éste le recordaba a su tintorero. Poco a poco, las extrañas relaciones de Metterling con su padre salieron a la palestra. (Los estudiantes de nuestro autor ya se han familia-

rizado con el padre de Metterling, un pequeño funcionario que a menudo ridiculizaba a Metterling comparándole con una salchicha.) Freud escribe acerca de un sueño clave que Metterling le describió:

Estoy en una cena con algunos amigos cuando de pronto entra un hombre con un bol de sopa en una traílla. Acusa a mi ropa interior de traición y, cuando una dama me defiende, a ésta se le cae la cabeza. Lo encuentro divertido en el sueño y me río. Pronto todo el mundo se ríe salvo mi tintorero que parece serio y se queda sentado poniéndose gachas en los oídos. Entra mi padre, recoge la frente de la dama y sale corriendo con ella. Corre hasta la plaza pública gritando: e ¡ Al fin! ¡Al fin! ¡Una frente propia! Ahora no tendré que depender de ese idiota de mi hijo». Esto me deprime en el sueño y siento la urgente necesidad de besar la ropa del Burgomaestre. (En este momento, el paciente se pone a llorar y se olvida del resto del sueño.)

Con los conocimientos adquiridos de este sueño, Freud pudo ayudar a Metterling, y los dos se hicieron bastante amigos fuera del psicoanálisis, aunque Freud jamás permitió que Metterling se le pusiera a sus espaldas.

En el Volumen II, se anuncia que Eisenbud se hará cargo de las Listas 7-25 que incluyen los años de la «tintorera particular» de Metterling y el patético malentendido con los chinos de la esquina.

Para acabar con la mafia

Un vistazo al crimen organizado

No es ningún secreto que el crimen organizado se lleva en América más de cuarenta mil millones de dólares al año. Se trata de una suma bastante respetable como ganancia, en especial cuando uno considera que la Mafia gasta muy poco en gastos de oficina. Fuentes bien informadas indican que la Cosa Nostra gastó menos de seis mil dólares el año pasado en papel de correspondencia personal y aun menos en grapas. Además, tienen una sola secretaria que hace todo el trabajo mecanografiado y sólo tres habitaciones pequeñas en la oficina central que comparten con el Estudio de Danza Fred Persky.

El año pasado, el crimen organizado fue responsable directo de más de cien asesinatos y los mafiosi participaron de forma indirecta en varios cientos más, ya fuera prestando el dinero para el transporte en vehículos del servicio público o guardándoles los abrigo mientras pegaban tiros. Otras operaciones ilícitas llevadas a cabo por miembros de la Cosa Nostra incluyeron el juego, los narcóticos, la prostitución, secuestros, usura y el transporte de un inmenso pez rojo violando fronteras estatales con fines inmorales. Los tentáculos de este corrupto imperio llegan hasta el mismo gobierno. Hace sólo unos pocos meses, dos capitanes de bandas con procesos federales pendientes pasaron la noche en la Casa Blanca y el presidente durmió en el sofá.

Historia del crimen organizado en los Estados Unidos

En 1921, Thomas (El Carnicero) Covelio y Ciro (El Sastre) Santucci intentaron organizar diferentes grupos étnicos del hampa y, de esa manera,

hacerse los amos de Chicago. Esto fracasó cuando Albert (El Positivista Lógico) Corillo asesinó a Kid Lipsky encerrándolo en un armario y chupando todo el aire que quedaba en el interior con una pajita. El hermano de Lipsky, Mendy (alias Mendy Lewis, alias Mendy Larsen, alias Mendy Alias) vengó la muerte de Lipsky con el secuestro del hermano de Santucci, Gaetano (también conocido como Little Tony o Rabino Henry Sharpstein), y lo devolvió pocas semanas después en veintisiete potes de mermelada. Esta fue la señal para el inicio de un baño de sangre.

Domicik (El Herpetólogo) Mione mató a tiros a Suertudo Lorenzo (el sobrenombre se debe a que, cuando explotó una bomba en el interior de su sombrero, no pudo matarlo) a la salida de un bar en Chicago. Como respuesta, Corillo y sus hombres siguieron la pista de Mione hasta Newark y convirtieron su cabeza en un instrumento de viento. En ese momento, la banda de Vitale, dirigida por Giuseppe Vitale (su nombre real, Quincy Baedeker), se puso en acción para hacerse con toda la bebida ilegal de Harlem que administraba el irlandés Larry Doyle (un hampón tan suspicaz que se negaba a permitir que nadie en Nueva York se le pusiera a las espaldas y caminaba por las calles dando piruetas y vueltas sin parar). Doyle resultó muerto cuando la Compañía de Construcción Squillante decidió levantar sus nuevas oficinas en el puente de su propia nariz. El segundo de Doyle, Little Petey (el Gran Petey) Ross, pasó a ser el primero; resistió la invasión de Vitale y convenció con engaños a Vitale de que fuera a un garage vacío del centro con el pretexto de que allí se iba a celebrar una fiesta. Sin sospechar nada, Vitale entró en el garage vestido como un ratón gigante y se quedó tieso al acto por una ráfaga de metralla. En señal de su lealtad al jefe caído, los hombres de Vitale se pasaron de inmediato a Ross. Lo mismo hizo la novia de Vitale, Bea Moretti, una artista, estrella del éxito musical de Broadway *Di Kaddish*,

que terminó contrayendo matrimonio con Ross, aunque más tarde le presentó una demanda de divorcio acusándole de que en una ocasión le había vaporizado el cuerpo con un aceite que apestaba a moho.

Temiendo una intervención federal, Vincent Columbrara, el Rey de la Tostada con Mantequilla, pidió la paz. (Columbrara tenía un control tan rígido de todas las tostadas con mantequilla que entraban y salían de Nueva Jersey que una sola palabra suya podía privar de desayuno a dos terceras partes del país.) Todos los miembros del hampa fueron convocados a una cena en Perth Amboy donde Columbrara les comunicó que debían cesar todas las guerras intestinas y que a partir de ese momento tenían que vestirse con decencia y dejar de andar escabulléndose por todas partes. Las cartas, que antes se firmaban con una mano negra, en el futuro terminarían «Con nuestros mejores deseos», y todo el territorio se dividiría en partes iguales, quedando Nueva Jersey para la madre de Columbrara. De ese modo, nació la Mafia o Cosa Nostra (literalmente, «mi pasta de dientes» o «nuestra pasta de dientes»). Dos días más tarde, Columbrara se metió en una bañera para darse un buen baño y hace cuarenta y seis años que no se lo ha vuelto a ver.

Estructura de la Mafia

La Cosa Nostra está estructurada como cualquier gobierno o gran corporación, o grupo de gangsters, pongamos por caso. En la cima está el *capo di tutti capi*, o jefe de todos los jefes. Las reuniones se realizan en su casa, y tiene obligación de ofrecer pinchitos y cubitos de hielo. Dejar de hacerlo significa la muerte instantánea. (La muerte, dicho sea de paso, es una de las peores cosas que pueden ocurrírsele a un miembro de la Cosa Nostra y muchos prefieren simplemente pagar una multa.) Por debajo del jefe de

los jefes están sus oficiales, cada uno de ellos gobierna un sector de la ciudad con su «familia». Las familias de la Mafia no consisten en una mujer y niños que siempre van a lugares como el circo o a hacer picnics. En realidad, se trata de grupos de hombres más bien serios cuya mayor satisfacción en la vida consiste en contemplar cuánto tiempo puede alguien permanecer sumergido en el río East antes de empezar a hacer gárgaras.

La iniciación en la Mafia es un asunto bastante complicado. Al miembro propuesto se le tapan los ojos y se le conduce a un cuarto oscuro. Se le llenan los bolsillos de pedazos de melón Cranshaw y se le pide que salte en una sola pata gritando, «¡Viva! ¡Viva!». Luego todos los miembros del consejo de administración, o *comissione*, le tiran del labio inferior y se lo sueltan de golpe. Algunos hasta desean hacer esto dos veces. A continuación, le ponen granos de avena en la cabeza. Si se queja, queda descalificado. Sin embargo, si dice «Muy bien, me gusta la avena en la cabeza», recibe la bienvenida en la hermandad. Esto se hace besándolo en la mejilla y estrechando su mano. A partir de ese momento, no se le permite comer chutney, divertir a sus amigos imitando una gallina ni matar a nadie llamado Vito.

Conclusiones

El crimen organizado es una plaga en nuestra nación. Si bien muchos americanos resultan engañados y empiezan una carrera en el crimen con la promesa de una vida fácil, la mayoría de los criminales deben trabajar durante largas horas, a menudo en edificios sin aire acondicionado. Identificar a los criminales depende de cada uno de nosotros. Por lo general, se les puede reconocer por los grandes gemelos que usan y porque no dejan de comer cuando al hombre que está sentado a su lado se le cae un ancla encima.

Los mejores métodos para combatir el crimen organizado son los siguientes:

1. Decir a los criminales que no estás en casa.

2. Llamar a la policía siempre que un número extraño de hombres de la Compañía de Lavado Siciliano empieza a cantar en el vestíbulo de tu casa.

3. Grabaciones.

Las grabaciones no pueden ser empleadas de modo indiscriminado, pero su eficacia queda ilustrada en esta transcripción de una conversación entre dos jefes de banda en el área de Nueva York y cuyas llamadas telefónicas fueron grabadas por el F.B.I.

Anthony: ¿Hola? ¿Rico?

Rico: ¿Hola?

Anthony: ¿Rico?

Rico: Hola.

Anthony: ¿Rico?

Rico: No te oigo.

Anthony: ¿Eres tú, Rico? No te oigo.

Rico: ¿Qué?

Anthony: ¿Me oyes?

Rico: ¿Hola?

Anthony: ¿Rico?

Rico: Hay un cruce.

Anthony: ¿Me oyes?

Rico: ¿Hola?

Anthony: ¿Rico?

Rico: ¿Hola?

Anthony: Operadora, hay un cruce.

Operadora: Cuelgue y vuelva a llamar, señor.

Rico: ¿Hola?

Gracias a esta prueba, Anthony (El Pescado) Rotunno y Rico Panzini fueron condenados y en este momento descuentan quince años en Sing Sing por posesión ilegal de alcohol de menta.

Para acabar con las memorias de guerra

Las memorias de Schmeed

El torrente literario aparentemente inagotable del Tercer Reich sigue fluyendo a caudales con la futura publicación de las Memorias de Friedrich Schmeed, el barbero más famoso de la Alemania en guerra, quien rindió servicios tonsuriales a Hitler y a muchos otros altos funcionarios del gobierno y del aparato militar. Como se puso de manifiesto durante los juicios de Nuremberg, Schmeed no sólo pareció estar siempre en el lugar indicado en el momento oportuno, sino que tenía una «memoria más que total» y, por lo tanto, era el único calificado para escribir esta guía incisiva de las más secretas anécdotas de la Alemania nazi. A continuación publicamos una breve selección del libro:

En la primavera de 1940, un gran Mercedes estacionó frente a mi barbería de 127 Koenigstrasse, y Hitler entró en mi barbería. «Sólo quiero un ligero corte», dijo, «y no me saque mucho de arriba». Le expliqué que tendría que esperar un poco porque von Ribbentrop estaba antes que él. Hitler dijo que tenía prisa y le pidió a Ribbentrop si podía cederle su turno, pero Ribbentrop insistió en que, si le pasaban delante, el hecho causaría mala impresión en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Entonces, Hitler hizo una rápida llamada telefónica; Ribbentrop fue al acto transferido al Africa Korps y Hitler tuvo su corte de pelo. Este tipo de rivalidad era muy frecuente. En cierta ocasión, Göring hizo que la policía detuviera a Heydrich bajo falsas acusaciones para quedarse con la silla al lado de la ventana. Göring era un disoluto y a menudo quería sentarse en el caballito, que tenía en la barbería para los niños, para que le cortara el cabello. El alto mando nazi se sintió avergonzado, pero no pudo hacer nada. Un

día, Hess lo desafió: «Hoy, quiero yo el caballito, Herr Mariscal de Campo», le dijo.

«Imposible, lo tengo reservado», replicó Göring.

«Tengo órdenes directas del Führer. Me autorizan a sentarme en el caballo mientras me cortan el pelo». Y Hess enarboló una carta de Hitler notificándolo. Göring se puso lívido. Jamás se lo perdonó a Hess y dijo que en el futuro haría que su mujer le cortara el pelo en su casa con un bol. Hitler se rió cuando se enteró de esto, pero Göring había hablado en serio y habría llevado a cabo su propósito si el Ministerio del Ejército no le hubiera denegado su pedido de tijeras en rebaja.

Me han preguntado si tenía conciencia de las implicaciones morales de lo que hacía. Como declaré ante el tribunal de Nuremberg, no sabía que Hitler era nazi. La verdad es que durante años pensé que trabajaba para la compañía de teléfonos. Cuando al fin me enteré del monstruo que era, ya era demasiado tarde para hacer algo, pues había dado un anticipo para comprar unos muebles. Una vez, casi al final de la guerra, contemplé la posibilidad de abrir un poco la sábana que Hitler tenía atada al cuello y dejar caer por su espalda los pelitos que acaba de cortar, pero, en el último instante, me traicionaron los nervios.

Un día, en Berchtesgaden, Hitler se dirigió a mí y me dijo: «¿Cómo me quedarían unas patillas?». Speer se rió y Hitler se ofendió. «Estoy hablando en serio, Herr Speer», dijo. «Pienso que tal vez me queden bien unas patillas.» Göring, ese payaso servil, de inmediato estuvo de acuerdo y dijo: «El Führer con patillas —¡qué excelente idea!» Speer seguía en contra. De hecho, era el único con suficiente integridad para decirle al Führer cuando necesitaba un corte de pelo. «Está muy visto», dijo entonces Speer, «asocio siempre las patillas a Churchill». Hitler se exasperó. ¿Tendría Churchill la intención de dejarse patillas, quiso saber, y de ser así, cuántas y cuándo?

Himmler, que, al parecer, estaba a cargo del servicio de Inteligencia, fue convocado al instante. Göring se disgustó con la actitud de Speer y le susurró: «¿Por qué levantas olas, eh? Si quiere patillas, déjale tener patillas». Speer, que por lo general tenía un tacto puntilloso, dijo que Göring era un hipócrita y «un bulto de garbanzos pasados por el uniforme alemán». Göring juró que se vengaría, y más tarde corrió el rumor de que metió guardias especiales S.S. en la cama de Speer.

Himmler llegó presa de un gran frenesí. Estaba en plena clase de baile a claques cuando sonó el teléfono y le convocaron a Berchtesgaden. Temía que se tratase de un cargamento perdido de varios miles de sombreros de papel, en forma de cono, que se le habían prometido a Rommel para la ofensiva de invierno. (Himmler no estaba acostumbrado a que lo invitaran a cenar a Berchtesgaden porque era corto de vista, y Hitler no podía soportar verle llevarse el tenedor a la cara y luego clavarse la comida en alguna parte de la mejilla.) Himmler se dio cuenta de que algo iba mal porque Hitler le llamó «enano», algo que sólo hacía cuando estaba de mal humor. De pronto, el Führer dio media vuelta, lo encaró y gritó: «¿Sabe usted si Churchil va a dejarse patillas?»

Himmler se puso rojo.

«¿Y bien?»

Himmler dijo que había corrido el rumor de que Churchill contemplaba esa posibilidad, pero que todo estaba sin confirmación oficial. En cuanto al tamaño y la cantidad, explicó que era probable que fueran dos y de mediana longitud, pero que nadie se atrevía a afirmarlo antes de estar seguros. Hitler gritó y dio un golpe sobre el escritorio. (Esto representó un triunfo de Göring sobre Speer.) Hitler sacó un mapa y nos mostró cómo pensaba cortar las provisiones de toallas calientes a Inglaterra. Bloqueando los Dardanelos, Doenitz podía conseguir que las toallas no fueran desembarcadas ni pudieran ser aplicadas

a los ansiosos rostros ingleses que las esperaban con impaciencia. Pero el punto fundamental seguía sin solución: ¿podía Hitler vencer a Churchill en materia de patillas? Himmler dijo que Churchill llevaba ventaja y que tal vez sería imposible alcanzarle. Göring, ese vacuo optimista, dijo que probablemente a Hitler le crecerían más rápido las patillas, sobre todo si se concentraba todo el poderío de Alemania en un esfuerzo conjunto. Von Rundstedt, en una reunión del Estado Mayor, dijo que sería un error intentar que crecieran patillas en dos frentes al mismo tiempo y aconsejó que sería más sabio concentrar todos los esfuerzos en una sola buena patilla. Hitler replicó que él podía hacerlo en las dos mejillas de forma simultánea. Rommel estuvo de acuerdo con von Rundstedt. «Nunca saldrán iguales, mein Führer», dijo, «en todo caso, no si las apura». Hitler montó en cólera y dijo que eso era asunto suyo y de su barbero. Speer prometió que podía triplicar nuestra producción de crema de afeitar en el otoño y Hitler se puso eufórico. Luego, en el invierno de 1942, los rusos lanzaron una contraofensiva, y las patillas dejaron de crecer. Hitler se desalentó temiendo que muy pronto Churchill tendría un excelente aspecto mientras que él seguiría siendo «ordinario», pero poco tiempo después recibimos noticias de que Churchill había abandonado la idea de las patillas por ser demasiado cara. Una vez más, el Führer había probado tener la razón.

Después de la invasión de los Aliados, a Hitler el cabello se le puso seco y desordenado. Esto se debió en parte al éxito de los Aliados y en parte a los consejos de Goebbels quien le dijo que se lo lavara cada día. Cuando esto llegó a oídos del general Guderian, éste regresó al acto del frente ruso y le dijo al Führer que no debía ponerse champú en el pelo más de tres veces por semana. Este era el procedimiento

que había seguido el Estado Mayor con gran éxito en las dos guerras anteriores. Hitler una vez más pasó por encima de los generales y continuó con el lavado diario. Bormann ayudaba a Hitler a secárselo y siempre parecía estar presente con un peine en la mano. Al final Hitler empezó a depender de Bormann y, antes de mirarse en el espejo, siempre hacía que Bormann se mirase primero. A medida que las fuerzas aliadas avanzaban al este, el estado del pelo de Hitler empeoraba. Con el pelo seco y descuidado, Hitler soñaba durante horas seguidas en el corte de pelo y el afeitado que se haría el día en que Alemania ganase la guerra, se haría incluso, quizás, lustrar los zapatos. Ahora me doy cuenta de que nunca tuvo la intención de hacerlo.

Un día, Hess cogió la botella de Vitalis del Führer y se fue a Inglaterra en un avión. El alto mando alemán se enfureció. Creía que Hess iba a entregársela a los aliados a cambio de una amnistía para él. Hitler se enfureció de forma especial cuando se enteró de la noticia porque acababa de salir de la ducha y estaba a punto de acicalarse el pelo. (Tiempo después, Hess explicó en Nuremberg que su plan era hacerle un tratamiento de cráneo a Churchill en un esfuerzo por terminar la guerra. Llegó a hacer agachar a Churchill sobre una palangana pero en ese momento fue aprehendido.)

A finales de 1944, Göring se dejó el bigote y esto hizo correr el chisme de que pronto reemplazaría a Hitler. Hitler se enfureció y acusó a Göring de deslealtad. «Sólo debe haber un bigote entre los líderes del Reich, ¡el mío!», gritó. Göring argumentó que dos bigotes podían dar al pueblo alemán una mayor sensación de esperanza acerca de la guerra, que iba mal, pero Hitler pensó que no. Luego, en enero de 1945, fracasó un complot de varios generales para afeitar el bigote de Hitler mientras dormía y proclamar a Doenitz el nuevo líder, cuando von Stauffenberg, en la oscuridad del dormitorio de Hitler, sólo

le afeitó, por equivocación, una de las cejas. Se proclamó el estado de emergencia y, de improviso, Goebbels apareció en mi barbería. «Acaban de atentar contra el bigote del Führer, pero han fracasado», dijo tembloroso. Goebbels se las arregló para que yo hablara por la radio y me dirigiera al pueblo alemán, lo que hice con el mínimo de notas. «El Führer está en perfecto estado», les aseguré, «todavía está en posesión de su bigote. Repito. El Führer todavía está en posesión de su bigote. Un complot para afeitárselo ha fracasado».

Cerca del final, fui al bunker de Hitler. Las fuerzas aliadas se cernían sobre Berlín, y Hitler opinaba que, si los rusos llegaban primero, necesitaría un corte completo de cabello, pero que, si lo hacían los americanos, podía pasar con un arreglo. Todo el mundo se peleó. En medio de todo esto, Bormann quiso afeitarse y yo le prometí que me pondría a trabajar según un plan detallado. Hitler se puso moroso y distante. Habló de hacerse una raya en el pelo de oreja a oreja y luego afirmó que el desarrollo de la máquina de afeitar eléctrica volcaría la guerra a favor de Alemania. «Seremos capaces de afeitarnos en segundos, ¿en, Schmeed?», murmuró. Mencionó otros esquemas enloquecidos y dijo que algún día no sólo haría que le cortasen el pelo, sino que le hicieran una permanente. Obsesionado como de costumbre por el tamaño, juró que un día tendría un inmenso pompadour «uno que hará temblar al mundo y requerirá una guardia de honor para peinar». Al final, nos estrechamos la mano y le hice un último corte. Me dio una propina de un pfenning. «Ojalá pudiera ser más» dijo «pero, desde que los Aliados invadieron Europa, he estado un poco corto de dinero».

Para acabar con la filosofía

Mi filosofía

La evolución de mi filosofía se dio de la siguiente manera: Mi mujer, al invitarme a probar el primer soufflé que había hecho, dejó caer por accidente una cucharadita del mismo sobre mi pie fracturándome varios huesos pequeños. Acudieron los médicos, tomaron y examinaron radiografías y me ordenaron un mes en cama. Durante la convalecencia, me concentré en las obras de algunos de los pensadores más formidables de Occidente —una pila de libros que yo había seleccionado para eventualidades como ésta. No presté atención al orden cronológico y empecé con Kierkegaard y Sartre, luego pasé rápidamente a Spinoza, Hume, Kafka y Camus. No me aburrí como me había temido; en cambio, me fascinó la energía con la que esas grandes mentes atacaban resueltamente la moral, el arte, la ética, la vida y la muerte. Recuerdo mi reacción a una observación típicamente luminosa de Kierkegaard: «Semejante relación, que se relaciona con su propio ser (es decir, un ser), debe haberse constituido a sí misma, o ha sido constituida por otra». El concepto me arrancó lágrimas de los ojos. ¡Dios santo, pensé, ser tan inteligente! (Soy un hombre con dificultades para escribir dos frases coherentes sobre «Un día en el zoo».) La verdad es que el pasaje me resultó totalmente incomprensible, pero ¿qué más da si Kierkegaard se lo había pasado bien? Súbitamente me convencí de que la metafísica era lo que siempre había querido hacer, tomé mi bolígrafo y empecé al acto a garabatear la primera de mis propias fantasías. La obra procedió aprisa y en sólo dos tardes (con tiempo para echarme una siesta), completé la obra filosófica que espero no será descubierta hasta después de mi muerte o hasta el año 3000 (lo que pase primero) y que modestamente creo me asegurará un

lugar privilegiado entre los pensadores de más peso de la historia. Aquí presento un breve ejemplo del cuerpo principal de tesoros intelectuales que lego a la posteridad, o hasta que llegue la mujer de la limpieza.

I. *Crítica de la sinrazón pura*

Al formular cualquier filosofía, la primera consideración siempre debe ser: ¿Qué podemos saber? Es decir, de qué podemos estar seguros de saber, o seguros de que sabemos que sabíamos, si realmente es de algún modo «cognoscible». ¿O lo habremos olvidado todo y tenemos demasiada vergüenza de decir algo? Descartes insinuó el problema cuando escribió: «Mi mente jamás puede conocer mi cuerpo, aunque se ha hecho bastante amiga de mis piernas». Por «cognoscible», dicho sea de paso, no quiero decir aquello que puede ser conocido por medio de la percepción de los sentidos o que puede ser comprendido por la mente, sino más bien que puede decirse que es Conocido o que posee un Conocimiento o una Conocibilidad, o por lo menos algo que puedas mencionar a un amigo.

¿Podemos en realidad «conocer» el universo? Dios santo, no perderse en Chinatown es ya bastante difícil. Sin embargo, el asunto es el siguiente: ¿Habrá algo allá fuera? ¿Y por qué? ¿Por qué tendrán que hacer tanto ruido? Por último, no cabe duda de que la característica de la «realidad» es que carece de esencia. Esto no quiere decir que no tenga esencia, sino simplemente que carece de ella. (La realidad a la que me refiero es la misma que describió Hobbes, pero un poco más pequeña.) Por lo tanto, el *dictum* cartesiano, «Pienso, luego soy», podría expresarse mejor por «¡Eh, allí va Edna con el saxofón!». Así pues, para conocer una substancia o una idea, debemos dudar de ella y así, al dudar, llegamos a percibir las cualidades que posee en su estado

finito, que están, o son realmente, «en la misma cosa», o «de la cosa misma», o de algo, o de nada. Si esto está claro, podemos dejar por el momento la epistemología.

II. *La dialéctica escatológica como medio de lucha contra el zona*

Podemos decir que el universo consiste en una sustancia y que a esta sustancia la llamamos «átomo», o también «mónada». Demócrito la denominó átomo. Leibnitz la llamó mónada. Por fortuna, los dos hombres jamás se conocieron, de lo contrario se hubiera armado una discusión muy aburrida. Estas «partículas» fueron puestas en movimiento por alguna causa o principio fundamental, o quizás algo se cayó en algún lugar. El asunto es que ahora ya es demasiado tarde para remediarlo, salvo quizá comer mucho pescado crudo. Por supuesto, esto no explica por qué el alma es inmortal. Tampoco dice nada sobre una vida ultraterrena ni aclara la sensación que siente mi tío Sender de que lo persiguen los albanos. La relación causal entre el primer principio (es decir, Dios o viento fuerte) y cualquier concepción teológica del ser (Ser), según Pascal, es «tan ridícula que ni siquiera es graciosa (Graciosa)». Schopenhauer llamó a esto «voluntad», pero su médico la diagnosticó como fiebre del heno. En sus últimos años, se amargó por eso o, más aún, por la creciente sospecha de que él no era Mozart.

III. *El cosmos por cinco dólares al día*

¿Qué es, entonces, lo «bello»? ¿La fusión de la armonía con lo justo, o la fusión de la armonía con algo que sólo se parece a «lo justo»? Quizá la armonía se haya fundido con «la costra terrestre» y eso es

lo que nos ha estado dando tantos problemas. La verdad, podemos estar seguros, es la belleza —o «lo necesario». Es decir, lo que es bueno, o que posee las cualidades de «lo bueno», da como resultado «la verdad». Si no lo da, siempre puedes apostar a que la cosa no es bella, aunque aún puede que sea impermeable. Estoy empezando a pensar que tenía razón antes y que todo tendría que fusionarse con la costra. Ah, bueno.

Dos parábolas

Un hombre se acerca a un palacio. La única entrada está guardada por unos fieros hunos que sólo dejan pasar a hombres llamados Julius. El hombre trata de sobornar a los guardias ofreciéndoles por un año las mejores partes del pollo. Ellos ni se burlan de su oferta ni la aceptan, sino que simplemente lo cogen por la nariz y se la tuercen hasta que parezca un tornillo. El hombre dice que tiene que entrar a la fuerza en el palacio porque le trae al emperador una muda de calzoncillos. Al ver que los guardias siguen negándose, el hombre empieza a bailar el Charleston. Ellos parecen divertirse con su baile, pero pronto se ponen tristes por el trato que el gobierno federal otorga a los Navajos. Sin aliento, el hombre se derrumba. Muere sin haber visto al emperador y dejando una deuda de sesenta dólares a los de la Steinway por un piano que les había alquilado en agosto.

Me entregan un mensaje para un general. Cabalgo y cabalgo, pero el cuartel general del general parece distanciarse siempre más. Por último, se arroja sobre mí una gigantesca pantera negra que me devora la mente y el corazón. Me paso la tarde terriblemente angustiado. Por más que lo intente, no puedo llegar al general a quien veo corriendo a lo lejos en

shorts y musitando la palabra «nuez moscada» a sus enemigos.

Aforismos

Es imposible vivir la propia muerte con objetividad y, además, cantar una canción.

* * *

El universo no es más que una idea transitoria en la mente de Dios. Es un hermoso pensamiento, aunque bastante incómodo, sobre todo si acabas de pagar el anticipo de una casa.

* * *

La nada eterna está muy bien si vas vestido para la ocasión.

* * *

¡Ojalá viviera Dionisos! ¿Dónde comería?

* * *

No sólo no hay Dios, sino que ¡intenta a ver si consigues un electricista en un fin de semana!

Para acabar con las biografías

Sí, ¿pero puede hacer esto la máquina a vapor?

Estaba hojeando una revista mientras esperaba a que Joseph K., mi basset, terminara su acostumbrada consulta de cincuenta minutos todos los martes con un psicoterapeuta de Park Avenue (un veterinario junguiano que, por cincuenta dólares la sesión, se empeña en convencerle de que los mofletes no son una desventaja social), cuando, por casualidad, di con una frase al pie de la página que atrajo mi atención tanto como la notificación de un cheque sin fondos. Sin embargo, no se trataba más que de uno de esos artículos de las rúbricas pseudoculturales, tipo «Conozca usted la vida de...» o «¡A que no lo sabe!», pero su evidencia me sacudió con la fuerza de las primeras notas de la Novena de Beethoven. «El sandwich», decía, «fue inventado por el conde de Sandwich». Estupefacto por la noticia, la volví a leer y me estremecí con un temblor involuntario. Mis ideas se arremolinaron mientras evocaba los sueños, las esperanzas y los inmensos obstáculos que debieron acompañar el invento del primer sandwich. Se me humedecieron los ojos cuando miré por la ventana las centelleantes torres de la ciudad y experimenté una sensación de eternidad, maravillado por el lugar inextirpable del hombre en el universo. ¡El hombre, el inventor! Los cuadernos de anotaciones de Da Vinci se cernieron sobre mí —valientes hipótesis para las más elevadas aspiraciones de la raza humana. Pensé en Aristóteles, Dante, Shakespeare. El primer folio de sus obras. Newton. El *Messiah* de Handel. Monet. El impresionismo. Edison. El cubismo. Stravinsky. $E = mc^2$...

Me concentré con firmeza en la imagen mental del primer sandwich conservado en una vitrina del Museo Británico y dediqué los tres meses siguientes

a la elaboración de una breve biografía de su gran inventor, el conde de Sandwich. Aunque mis conocimientos de historia no son muy brillantes y aunque mi capacidad para novelar los hechos supera por mucho la del común de los aficionados al ácido, espero haber captado al menos la esencia de este genio ignorado y deseo que estas notas sueltas induzcan a algún verdadero historiador a trabajar sobre él a partir de estos datos.

1718: nace el Conde de Sandwich en una familia de aristócratas. El padre está encantado por haber sido nombrado jefe herrador de Su Majestad el Rey, posición de la que disfruta durante bastantes años hasta que descubre que no es más que un herrero y renuncia amargado. La madre es una simple *hausfrau* de extracción germánica cuyo sencillo menú consiste esencialmente en manteca de cerdo y avenate, aunque a veces demuestra cierta imaginación culinaria al confeccionar un postre de natas, huevos, vino y azúcar.

1725–1735: asiste a la escuela donde aprende a montar a caballo, y latín. En la escuela toma contacto por primera vez con los embutidos y muestra especial interés por los cortes muy finos de roast beef y de jamón. Para cuando se gradúa, esto se ha convertido ya en una obsesión y, aunque su tesis sobre «El análisis y los fenómenos concomitantes de la merienda de la tarde» llama la atención de los profesores, sus compañeros de estudio le consideran estrambótico.

1736: ingresa en la universidad de Cambridge, a instancias de sus padres, para seguir estudios de retórica y metafísica, pero muestra poco entusiasmo por los mismos. En constante rebelión contra todo lo académico, es acusado de robar pan y de llevar a cabo experimentos antinaturales con ese material. Las acusaciones de herejía determinan su expulsión.

1738: desheredado, se refugia en los países escandinavos donde, durante tres años, estudia intensiva-

mente el queso. Fascinado por la gran variedad de sardinas que encuentra, anota en su cuaderno: «Estoy convencido de que existe una realidad permanente, más allá de lo que aún ha podido lograr el hombre, en la yuxtaposición de los alimentos. Simplifica, simplifica». A su regreso a Inglaterra, conoce a Nell Smallbore, la hija de un verdulero, y contrae matrimonio. Ella le enseñará todos sus conocimientos sobre la lechuga.

1741: residente en el campo con una modesta herencia, trabaja día y noche, apretando con frecuencia el cinturón para ahorrar y comprar comida. Su primera obra completa (una rebanada de pan, otra rebanada de pan encima de la primera y un trozo de pavo encima de las dos rebanadas) fracasa miserablemente. Desilusionado hasta la amargura, regresa a su estudio y vuelve a empezar todo de nuevo.

1745: después de cuatro años de frenética labor, está convencido de haber alcanzado la antesala del éxito. Expone ante sus colegas dos trozos de pavo con una rebanada de pan en medio. Todos rechazan su obra salvo David Hume, que presiente la inminencia de algo grandioso y le alienta a seguir. Enhardido por la amistad del filósofo, vuelve a su trabajo con renovado vigor.

1747: en la miseria, no puede darse el lujo de trabajar con roast-beef o pavo y se dedica al jamón que es más barato.

1750: en primavera, expone tres trozos consecutivos de jamón, uno encima de otro, y hace una demostración que sólo despierta cierto interés en círculos intelectuales y que pasa desapercibido para el gran público. Tres rebanadas de pan apiladas aumenta su reputación y, aunque todavía no se evidencia un estilo maduro. Voltaire muestra su interés por conocerle.

1751: viajes a Francia donde el filósofo-dramaturgo acaba de lograr interesantes resultados con pan y mahonesa. Los dos hombres se hacen amigos, y se

inicia una larga correspondencia que termina abruptamente cuando a Voltaire se le acaban los sellos postales.

1758: su creciente aceptación entre los manipuladores de la opinión pública hace que la Reina le encargue «algo especial» con motivo de un almuerzo con el embajador de España. Trabaja día y noche experimentando con cientos de posibilidades y, por fin, a las 16 horas 17 minutos del 27 de abril de 1758, crea la obra que consiste en varias tajadas de jamón cubiertas, por encima y por abajo, por dos rebanadas de pan de centeno. En un golpe de inspiración, adorna la obra con mostaza. Es el éxito inmediato, y queda encargado para el resto del año de los almuerzos del sábado.

1760: cosecha un éxito tras otro creando «sandwiches», como se los denomina en su honor, con roast-beef, pollo, lengua y casi cualquier fiambre concebible. No satisfecho con repetir fórmulas ya tratadas, busca nuevas ideas y elabora el sándwich-combinado por el cual recibe la Orden de la Jarretera.

1769: en su residencia de campo, recibe la visita de los hombres más ilustres del siglo; Haydn, Kant, Rousseau y Ben Franklin se detienen en su casa, algunos disfrutando de sus admirables creaciones, otros con pedidos para llevar.

1778: aunque físicamente cansado, todavía investiga nuevas formas y escribe en su diario: «Trabajo hasta altas horas de la noche y tuesto todo lo que encuentro en un esfuerzo por mantener el calor». A fines de ese mismo año, su sandwich abierto de roast-beef caliente provoca un escándalo por su franqueza.

1783: para celebrar su sexagésimo quinto cumpleaños, inventa la hamburguesa y hace giras personales por las grandes capitales del mundo preparando hamburguesas en salas de concierto ante numerosas y agradecidas audiencias. En Alemania, Goethe sugiere servir las con panecillos, una idea que

deleita al conde que, más tarde, dice del autor de *Fausto*: «Este Goethe es un gran tipo». Estas palabras deleitan a Goethe, aunque al año siguiente los dos hombres rompen su relación por una desavenencia en torno a los conceptos de crudo, medio hecho y hecho.

1790: en una exposición retrospectiva de su obra celebrada en Londres, sufre un súbito ataque de dolores en el pecho, y se supone una muerte inminente, pero se recupera lo suficiente para supervisar la construcción de un monumento al sandwich de barra promovida por un grupo de talentosos seguidores. Su inauguración en Italia produce serios disturbios y allí permanece incomprendido salvo por unos pocos críticos.

1792: cae víctima de un *genu varum* que no puede tratar a tiempo y fallece mientras duerme. Es enterrado en Westminster Abbey, y miles de personas presencian sus funerales. En esa ocasión, el gran poeta alemán Hölderlin resume sus logros con una manifiesta reverencia: «Liberó a la humanidad del almuerzo caliente. Todos estamos en deuda con él».

Para acabar con Ingmar Bergman

El séptimo sello

(El drama se desarrolla en el dormitorio de la casa de dos pisos de Nat Ackerman, en algún lugar de Kew Gardens, Nueva York. La habitación está enmoquetada. Hay una gran cama doble y un inmenso velador. La habitación está amueblada y acortinada de forma meticulosa y en las paredes hay varias pinturas y un barómetro no muy atractivo. Se oye una música suave cuando se levanta el telón. Nat Ackerman, un confeccionista de prêt-à-porter de cincuenta y siete años, calvo y panzón, está echado en la cama terminando de leer el «Daily News». Lleva puestas una bata y zapatillas y lee a la luz de una lamparilla cogida con grapas al cabezal blanco de la cama. Es cerca de medianoche. De pronto, se oye un ruido, Nat se sienta y mira la ventana.)

Nat: ¿Qué diablos es eso?

(Trepando torpemente por la ventana, aparece una figura sombría y con capa. El intruso viste una capucha negra y ropa ajustada al cuerpo también de color negro. La capucha le cubre la cabeza, pero no la cara que es de mediana edad y absolutamente blanca. De algún modo, tiene cierto parecido con Nat. Resopla sonoramente y luego salta por encima del marco de la ventana y cae en la habitación.)

La Muerte *(porque de eso se trata)*: ¡Dios santo! Casi me rompo el cuello.

Nat *(observando perplejo)*: ¿Quién es usted?

La Muerte: La Muerte.

Nat: ¿Quién?

La Muerte: La Muerte. Escuche... ¿puedo sentarme? Casi me rompo el cuello. Estoy temblando como una hoja.

Nat: ¿Quién es usted?

La Muerte: *La Muerte.* ¿No tendría un vaso de agua?

Nat: ¿La Muerte? ¿Qué quiere decir... La Muerte?

La Muerte: ¿Qué diablos le pasa? ¿No ve mi traje negro y mi rostro blanco?

Nat: Sí.

La Muerte: ¿Y le parece que puedo ser Pinocho?

Nat: No.

La Muerte: Entonces soy La Muerte. Ahora bien, ¿podría darme un vaso de agua... o una agua tónica?

Nat: Si se trata de una broma...

La Muerte: ¿Qué clase de broma? ¿Tiene cincuenta y siete años? ¿Nat Ackerman? ¿Calle Pacific 118? A “menos que me haya equivocado... ¿dónde habré dejado el papel? (*Se revisa los bolsillos hasta que saca una tarjeta con una dirección. La verifica.*)

Nat: ¿Qué quiere conmigo?

La Muerte: ¿Que qué quiero? ¿Qué le parece que quiero?

Nat: Debe estar bromeando. Estoy en perfecto estado de salud.

La Muerte (*sin dejarse impresionar*): Uh-uh. (*Mira en derredor.*) Es un hermoso lugar. ¿Lo hizo usted mismo?

Nat: Tuvimos una decoradora, pero yo la ayudé.

La Muerte (*mirando una foto en la pared*): Me encantan esos chicos de ojos grandes.

Nat: No quiero irme todavía.

La Muerte: ¿*Usted* no quiere irse? Por favor, no empecemos. No empeore las cosas, la subida me ha mareado.

Nat: ¿Qué subida?

La Muerte: Subí por el tubo del desagüe. Quería hacer una entrada dramática. Vi las ventanas abiertas y pensé que usted estaría despierto leyendo. Imaginé que sería divertido subir y entrar así, por las buenas,

ya sabe... (*Chasquea los dedos.*) Pero me enganché el tacón en una enredadera, se rompió el tubo y me quedé colgado por un pelo. Después, se me rompió la capa. Mire, mejor vámonos de una vez. Ha sido una noche terrible.

Nat: ¿Con que me ha roto, además, el tubo del desagüe?

La Muerte: Roto, roto, no, sólo un poco torcido. ¿No oyó nada? Me pegué un porrazo en el suelo.

Nat: Estaba leyendo.

La Muerte: Entonces debía estar muy concentrado. (*Hojea el periódico que leía Nat.*) «*Colegialas sorprendidas en una orgía de marihuana*». ¿Me lo presta?

Nat: Aún no he terminado.

La Muerte: Bueno... no sé cómo decírselo, amigo, pero...

Nat: ¿Por qué no tocó el timbre de abajo?

La Muerte: ¿Y qué, si no, estoy tratando de explicarle? Podría haberlo hecho, pero ¿qué impresión le habría causado? Así queda más dramático. Pasa algo. ¿Ha leído *Fausto*?

Nat: ¿Qué?

La Muerte: ¿Y qué habría ocurrido, si estuviese acompañado? Estaría sentado, ahí, con gente importante. Llego yo, La Muerte. ¿Qué le parece mejor? ¿Que toque el timbre o aparezca de pronto? ¿En qué está pensando, hombre?

Nat: Escuche, señor, es muy tarde.

La Muerte: Tiene razón. Bueno, ¿vamos?

Nat: ¿Adónde?

La Muerte: La Muerte. Eso. La Cosa. Los Felices Campos de Caza. (*Se mira la rodilla.*) ¿Sabe?, es una herida bastante profunda. Mi primer trabajo y puede que me venga una gangrena.

Nat: Espere un minuto. Necesito tiempo. No estoy listo para ir.

La Muerte: Lo lamento mucho. No puedo hacer nada por usted. Me gustaría, pero es la hora.

Nat: ¿Cómo puede ser la hora? ¿Si acabo de asociarme con «Original-Prét-a-porter»?

La Muerte: ¿Qué diferencia hay entre un par de billetes más o un par de billetes menos?

Nat: ¡Claro! A usted, ¿qué le importa? Debe tener todos los gastos pagados.

La Muerte: ¿Quiere venir conmigo ahora?

Nat (*estudiándolo*): Perdona, pero no puedo creer que sea usted la Muerte.

La Muerte: ¿Por qué? ¿Qué se esperaba... Rock Hudson?

Nat: No, no se trata de eso.

La Muerte: Siento mucho haberle desilusionado, pero, oiga usted...

Nat: No se enfade. No sé; siempre pensé que usted sería... eh... un poco más alto.

La Muerte: Mido un metro setenta. Es normal para mi peso.

Nat: Se parece algo a mí.

La Muerte: ¿Ya quién tendría que parecerme? Al fin y al cabo soy su Muerte.

Nat: Déme un poco de tiempo. Un día más.

La Muerte: No puedo, ¿qué quiere que le diga?

Nat: Un día más. Veinticuatro horas.

La Muerte: ¿Para qué las necesita? La radio dijo que mañana llovería.

Nat: ¿No podríamos llegar a algún acuerdo?

La Muerte: ¿Como cuál?

Nat: ¿Juega al ajedrez?

La Muerte: No.

Nat: Una vez vi una foto suya jugando al ajedrez.

La Muerte: No podía ser yo porque no juego al ajedrez. Gin rummy, quizás.

Nat: ¿Juega al gin rummy?

La Muerte: ¿Si juego al rummy? ¿Juega Cruyff al fútbol?

Nat: Es muy bueno, ¿eh?

La Muerte: Muy bueno.

Nat: Le diré lo que haré...

La Muerte: No quiera llegar a ningún acuerdo conmigo.

Nat: Le reto al gin rummy. Si gana, me voy en seguida. Si gano, me da un poco más de tiempo. Un poquitín... un día más.

La Muerte: ¿Y quién tiene tiempo para jugar al rummy?

Nat: Vamos, vimos. Dice que es tan bueno...

La Muerte: Aunque me gustaría hacer una partidita...

Nat: Vamos, compórtese como un caballero. Jugamos media hora.

La Muerte: En realidad, no debería...

Nat: Aquí mismo tengo las cartas. No se ahogue en un vaso de agua. Vamos.

La Muerte: De acuerdo, empecemos. Juguemos un poco. Me relajará.

Nat (*tomando las cartas, una hoja para anotar, un lápiz*): No se arrepentirá.

La Muerte: No me dore la píldora. Vamos a las cartas, déme una agua tónica y algo de picar. ¡Vaya! Aparece un desconocido en su casa y usted no tiene ni patatas fritas para ofrecerle.

Nat: Abajo, hay galletas en un plato.

La Muerte: ¿Galletas? ¿Y si viene el presidente, qué? ¿También le daría galletas?

Nat: Usted no es el presidente.

La Muerte: Dé las cartas.

(*Nat da y sirve un cinco.*)

Nat: ¿Quiere jugar a una décima de centavo para hacerlo más interesante?

La Muerte: ¿No le parece aún lo suficientemente interesante para usted?

Nat: Juego mejor si hay dinero de por medio.

La Muerte: Lo que usted diga, Newt.

Nat: Nat. Nat Ackerman. ¿No sabe mi nombre?

La Muerte: Newt, Nat... ¡tengo tanta jaqueca!

Nat: ¿Quiere ese cinco?

La Muerte: No.

Nat: Entonces, recoja.

La Muerte (*mirando sus cartas mientras recoge*):
Dios santo, aquí no conseguí nada.

Nat: ¿A qué se parece?

La Muerte: ¿A qué se parece *qué*?

(*A lo largo de la siguiente conversación, cogen y abren cartas.*)

Nat: La Muerte.

La Muerte: ¿Cómo tendría que ser? Usted abrió allí.

Nat: ¿Hay algo después?

La Muerte: Aaahh, se está guardando los dos.

Nat: Le estoy preguntando. ¿Hay algo después?

La Muerte (*con aire ausente*): Ya verá.

Nat: Ah, entonces, ¿voy a ver algo?

La Muerte: Pues, quizás no tendría que habérselo dicho de ese modo. Descarte.

Nat: No suelta usted prenda, ¿eh?

La Muerte: Estoy jugando a las cartas.

Nat: Pues bien, juegue.

La Muerte: Mientras tanto, le estoy regalando una carta tras otra.

Nat: No mire el pozo.

La Muerte: No estoy mirando. Lo estoy poniendo recto. ¿Cuál fue la carta para cerrar?

Nat: ¿Ya está listo para cerrar?

La Muerte: ¿Quién le dijo que estaba listo para cerrar? Lo único que pregunté es con qué carta se cierra.

Nat: Y lo único que yo pregunto es si debo esperar algo para después.

La Muerte: Juegue.

Nat: ¿No puede decirme nada? ¿Adónde vamos?

La Muerte: ¿Nosotros? Para decirle la verdad, *usted* tropezará en un montón de pliegues en el suelo y se caerá.

Nat: ¡Oh, no quiero verlo! ¿Me va a doler?

La Muerte: Un par de segundos.

Nat: Extraordinario. (*Suspira.*) Lo que me faltaba.

Un hombre acaba de asociarse con «Original-Pre't-á-Porter»...

La Muerte: ¿Qué tal con cuatro puntos?

Nat: ¿Cierra y se va?

La Muerte: ¿Son buenos cuatro puntos?

Nat: No, yo tengo dos.

La Muerte: Está bromeando.

Nat: No, usted pierde.

La Muerte: ¡Dios santo! Y pensar que creía estar guardando los seis.

Nat: No, su turno. Veinte puntos y dos cajas. Dé. (*La Muerte da las cartas.*) Debo caerme al suelo, ¿eh? ¿No puedo estar de pie sobre el sofá cuando suceda?

La Muerte: No, juegue.

Nat: ¿Por qué no?

La Muerte: ¡Porque todo el mundo se cae al suelo! Déjeme en paz. Estoy tratando de concentrarme.

Nat: ¿Por qué tiene que ser al suelo? ¡Es lo único que digo! ¿Por qué demonios no puedo estar al lado de un sofá cuando suceda?

La Muerte: Haré lo que pueda. ¿Quiere jugar, sí o no?

Nat: De eso estoy hablando. Usted me recuerda a Moe Leftkowitz. Tozudo como una mula.

La Muerte: ¿Que le recuerdo a Moe Leftkowitz? ¿Soy una de las figuras más terroríficas que pueda imaginarse y al señor le recuerdo a Moe Leftkowitz! ¿Quién es? ¿Un peletero?

Nat: Ya le gustaría ser ese peletero. Hace ochenta mil dólares al año. Fabricante de pasamanos. Tiene su propia fábrica. Dos puntos.

La Muerte: ¿Qué?

Nat: Dos puntos. Voy. ¿Qué tiene?

La Muerte: Tengo una mano como el resultado de un partido de baloncesto.

Nat: Y son espadas.

La Muerte: ¡Si no hablara tanto!

(Vuelven a dar y siguen el juego.)

Nat: ¿Qué quiso decir cuando dijo que era su primer trabajo?

La Muerte: ¿Qué le parece?

Nat: ¿Quería decirme acaso... que antes de mí no ha muerto nadie?

La Muerte: Por supuesto que sí. Pero yo no los llevé.

Nat: Entonces, ¿quién lo hizo?

La Muerte: Los otros.

Nat: ¿Hay otros?

La Muerte: Claro. Cada uno tiene su forma personal de irse.

Nat: No lo sabía.

La Muerte: ¿Por qué habría de saberlo? ¿Quién se cree que es al fin y al cabo?

Nat: ¿Qué pretende decir con eso de quién me creo que soy? ¿Acaso soy un Don Nadie?

La Muerte: Nadie no. Es un confeccionista de *prêt-à-porter*. ¿De dónde va a sacar un conocimiento de los misterios eternos?

Nat: ¿De qué está hablando? Yo gano mucha pasta. Envié mis dos chicos a la universidad. Uno está en publicidad, el otro se casó. Tengo casa propia. Llevo un Chrysler. Mi mujer tiene lo que se le antoja. Criadas, abrigo de visón, vacaciones. En este momento está en Edén Roe. Cincuenta dólares al día sólo porque quiere estar cerca de su hermana. Tengo que reunirme con ella la semana que viene, entonces, ¿qué piensa que soy? ¿Un tipo de la calle?

La Muerte: Está bien. No sea tan quisquilloso.

Nat: ¿Quién es quisquilloso?

La Muerte: Yo también podría enfadarme porque me ha insultado.

Nat: ¿Quién le ha insultado?

La Muerte: ¿No dijo que lo había desilusionado?

Nat: ¿Qué espera? ¿Pretende que tire la casa por la ventana?

La Muerte: No estoy hablando de eso. Quiero

decir, yo personalmente, que soy demasiado bajo, que soy eso, que soy lo otro.

Nat: Dije que se parecía a mí. Es como un reflejo.

La Muerte: OK, está bien, corte, corte.

(Continúan jugando mientras sube el volumen de la música y se van apagando las luces hasta la oscuridad total. Las luces vuelven a encenderse lentamente; ha pasado el tiempo y se ha terminado la partida. Nat anota los puntajes.)

Nat: Sesenta y ocho... ciento cincuenta... Bueno, ha perdido.

La Muerte *(mirando, abatido, los naipes)*: Sabía que no debía haber tirado ese nueve. ¡Mierda!

Nat: Entonces, le veo mañana.

La Muerte: ¿Qué significa eso de que me ve mañana?

Nat: Me gané un día extra. Ahora déjeme.

La Muerte: ¿Habla en serio?

Nat: Un trato es un trato.

La Muerte: Sí, pero...

Nat: No me venga con «peros». Gané veinticuatro horas. Vuelva mañana.

La Muerte: No sabía que jugábamos por tiempo.

Nat: Lo siento mucho. Tendría que prestar más atención.

La Muerte: ¿Y ahora qué voy a hacer durante veinticuatro horas?

Nat: A mí, ¿qué me importa? El asunto es que le gané un día extra.

La Muerte: ¿Qué quiere que haga... que camine por las calles?

Nat: Métase en un hotel, váyase al cine. Tome un *schvitz*.¹ ¡No haga de eso un asunto de Estado!

La Muerte: A lo mejor se ha equivocado al contar.

Nat: No sólo no me he equivocado, sino que me debe, además, veintiocho dólares.

La Muerte: ¿Qué?

1. Baño de vapor, en yiddish. (N. del T.)

Nat: Así es, amigo. Aquí está, léalo.

La Muerte (*revisándose los bolsillos*): Tengo sólo unas cuantas monedas, pero no veintiocho dólares.

Nat: Le acepto un cheque.

La Muerte: ¿Un cheque? ¿En qué cuenta?

Nat: ¿Si todos mis clientes fueran como usted!

La Muerte: Ponga un pleito, demándeme, haga lo que quiera. ¿Cómo voy a tener yo una cuenta corriente?

Nat: Muy bien, muy bien. Déme lo que tenga y quedamos en paz.

La Muerte: Escuche, necesito este dinero.

Nat: ¿Por qué va a necesitar dinero la Muerte? Cuénteselo a su tía.

La Muerte: No haga bromitas. Está a punto de ir al Más Allá.

Nat: ¿Y qué?

La Muerte: ¿Cómo, y qué? ¿Sabe lo lejos que está?

Nat: ¿Y qué?

La Muerte: Y la gasolina ¿qué? ¿Y el peaje?

Nat: ¿Con que vamos en coche?

La Muerte: Ya verá. (*Agitado.*) Mire, vuelvo mañana y me da otra oportunidad para recuperar mi pasta, ¿eh? De lo contrario, tendré problemas.

Nat: Como quiera. Es muy posible que gane una semana extra o un mes. Quizá, un año... Del modo que juega...

La Muerte: Mientras tanto, me he quedado sin un duro.

Nat: ¿Hasta mañana!

La Muerte (*empujado hacia la puerta*): ¿Dónde hay un buen hotel? ¿Qué hablo de hoteles si no tengo un céntimo? Iré a sentarme en una confitería. (*Recoge el «News».*)

Nat: Eh, deje eso. Es mi diario. (*Se lo saca.*)

La Muerte (*yéndose*): ¡Y pensar que pude agarrarlo y llevármelo sin problemas! ¿Por qué me dejé enrollar con el rummy?

Nal (*llamándole*): Y tenga cuidado al bajar. ¡En uno de los escalones, la alfombra está suelta!

(*Y, al instante, se oye un gran estruendo y el sonido de alguien que cae. Nat suspira, luego se dirige a la mesita de noche y hace una llamada telefónica.*)

Nat: ¡Hola, Moe? Yo. Escucha, no sé si alguien me ha hecho una broma o qué, pero la Muerte acaba de estar aquí. Jugamos un poco al rummy... No, la *Muerte*. En persona. O alguien que afirma ser la Muerte. Pero, Moe, ¡es un *schlep*²! ¡El rey de los huevones!

Telón.

Para acabar de una vez por todas
con la cultura

Boletín de cursos de primavera

La cantidad de anuncios de cursos universitarios y de cursos por correspondencia para adultos que hacen su aparición diaria en mi buzón ha acabado por convencerme de que debo figurar en alguna lista especial de atrasados mentales. No es que me queje; hay algo en una lista de cursillos de perfeccionamiento que provoca mi curiosidad con una fascinación que hasta ahora sólo me había producido un catálogo de accesorios de luna de miel llegado por equivocación a mis manos desde Hong Kong. Cada vez que leo el último boletín de cursos de perfeccionamiento, tengo en seguida ganas de plantarlo todo y regresar a la escuela. (Hace muchos años, fui expulsado de la universidad, víctima de acusaciones sin pruebas, no muy distintas a las que una vez le endilgaron a Al Capone.) Sin embargo, hasta la fecha, sigo siendo un adulto inculto e imperfecto; por eso, ahora, se me ha ocurrido redactar un boletín imaginario, primorosamente impreso, que condensa más o menos todos los boletines existentes.

CURSOS DE VERANO

Teoría económica: aplicación sistemática y evaluación crítica de los conceptos analíticos básicos de la teoría económica. Se presta especial atención al dinero y para qué sirve. Funciones productivas de coeficiente fijo, curvas de costos y de presupuestos, eso durante el primer semestre; el segundo semestre está dedicado al gasto, a aprender cómo hacer calderilla y cómo tener un billetero siempre bien ordenado. Se analiza el Sistema de Reserva Federal y se entrena a los estudiantes avanzados en el método apropiado

para rellenar un formulario de depósito. Otras materias: inflación y depresión —cómo vestirse en cada caso—. Créditos, intereses, cómo hacer suspensión de pagos.

Historia de la civilización europea: desde el mismo instante en que se descubrió un eohippus fosilizado en el lavabo de hombres de la Cafetería Siddon's, en East Rutherford, Nueva Jersey, se sospecha que, en un tiempo, Europa y América estuvieron unidas por una franja de tierra que después se hundió o se transformó en East Rutherford, Nueva Jersey, o las dos. Esto abre una nueva perspectiva en la formación de la sociedad europea y permite que los historiadores conjeturen acerca de por qué se llevó a cabo en una zona que podría haber hecho un Asia mucho mejor. Asimismo, el curso estudia la decisión de mantener el Renacimiento en Italia.

Introducción a la psicología: la teoría del comportamiento humano. Por qué se denomina a ciertos hombres «individuos encantadores» y por qué hay otros a los que sólo se quisiera matar a palos. ¿Existe una división entre cuerpo y espíritu, y de ser así, cuál es preferible? Se discute la agresión y la rebelión. (Para aquellos estudiantes que sienten interés especial por estos aspectos de la psicología se les aconseja cualquiera de los siguientes cursos de invierno: Introducción a la hostilidad; Hostilidad intermedia; Odio avanzado; Fundamentos teóricos del asco.) Se considera en particular el estudio de la conciencia como opuesta a la inconciencia, y se dan muchos consejos útiles para permanecer consciente.

Psicopatología: tiene por objeto llegar a la comprensión de obsesiones y fobias, incluyendo el terror de ser atrapado de improviso y rellenado de carne de cangrejo, de la repugnancia a devolver un servicio de balonvolea y de la incapacidad de pronunciar la

palabra «mackinaw»¹ en presencia de damas. Se analiza también el impulso que lleva a buscar la compañía de castores.

Filosofía I: se leen a todos los autores, de Platón a Camus. Se estudian los siguientes temas:

Ética: el imperativo categórico, y seis maneras para que funcione bien.

Estética: ¿es el arte el espejo de la vida, o qué?

Metafísica: ¿qué le pasa al alma después de la muerte? ¿Cómo se las arregla?

Epistemología: ¿es cognoscible el conocimiento? De no ser así, ¿cómo podemos saberlo?

El Absurdo: ¿por qué a menudo la existencia es considerada absurda, en especial por hombres que usan calzado marrón y blanco? Se estudia la multiplicidad y la unicidad y cómo se relacionan entre sí. (Los estudiantes que logren la unicidad podrán pasar a la duplicidad.)

Filosofía XXIX-B: introducción a Dios. Confrontación con el Creador del universo por medio de conferencias informales y paseos al campo.

Las Nuevas Matemáticas: la matemática tradicional ha sido declarada superada después del reciente descubrimiento de que durante siglos hemos escrito el número cinco al revés. Esto ha llevado a una revisión de la idea según la cual contar era un método para ir de uno a diez. Se enseña a los estudiantes los más avanzados conceptos del Álgebra de Boolean, y ecuaciones que antes eran insolubles son resueltas bajo amenazas de represalias.

Astronomía Fundamental: un estudio detallado del universo y de su cuidado y limpieza. El sol, que está hecho de gas, puede estallar en cualquier momento

1. Espeso manto utilizado en el Polo Norte. (N. del T.)

y acabar con todo nuestro sistema planetario; se informa a los estudiantes acerca de qué puede hacer el ciudadano medio en tal caso. Asimismo, se les enseña a identificar varias constelaciones como el Gran Carro, el Cisne, Sagitario el Arquero y las doce estrellas que conforman Lúmides el Vendedor de Pantalones.

Biología moderna: funcionamiento del cuerpo y dónde se le suele encontrar. Se analiza la sangre y se aprende por qué es conveniente que corra por las venas. Los estudiantes diseccionan una rana y comparan su tubo digestivo con el del hombre. La rana da, sin embargo mejores resultados, salvo cuando servida con curry.

Lectura veloz: este curso aumentará la velocidad de lectura un poco cada día hasta el final del término; en ese momento el estudiante deberá leer *Los hermanos Karamavoz* en quince minutos. El método se basa en echar un vistazo a la página y eliminar del campo visual todo menos los pronombres. Pronto se eliminan los pronombres. Poco a poco se alienta al estudiante a dormirse una siesta. Se disecciona una rana. Llega la primavera. La gente se casa y muere. Pinkerton ya no regresa nunca más.

Musicología III: El Grabador o Magnetófono. Se enseña al estudiante a tocar «Cielito lindo» en su flauta de madera; rápidamente progresa hasta llegar a los Conciertos Brandeburgueses. Luego, lentamente, vuelve a «Cielito lindo».

Cultura musical: Para «oír» correctamente una gran obra musical, se debe: (1) saber el lugar de nacimiento del compositor, (2) ser capaz de distinguir un rondó de un scherzo y probarlo con la acción. La actitud es importante. Sonreír significa malos modales, a menos que el compositor haya querido que su

música fuera graciosa, como en el caso de *Till Eulenspiegel* que contiene numerosas bromas musicales (aunque el trombón se lleva los efectos más cómicos). Asimismo, el oído debe estar entrenado, ya que se trata de un órgano que se despista con gran facilidad. La gente suele tener poco oído. Según como se colocan los auriculares estereofónicos es como si tuvieran una nariz en el lugar de la oreja. Otros temas incluyen: la pausa de cuatro compases y su potencial como arma política. Canto Gregoriano: qué monjes mantienen el ritmo.

Escribir para el teatro: todo drama es un conflicto. El desarrollo de los personajes es también muy importante. Asimismo lo que dicen. Los estudiantes aprenden que los discursos largos y aburridos no son tan eficaces como los breves y chistosos que parecen cumplir con creces su cometido. Se investiga la psicología simplificada del público: ¿por qué a menudo una obra de teatro sobre un viejo personaje, llamado Gramps, capaz de inspirar ternura, no es tan interesante en el teatro como contemplar la nuca de otro espectador y tratar de que se dé la vuelta? Asimismo se investigan aspectos interesantes de la historia de las tablas. Por ejemplo, antes de la invención de la bastardilla, con frecuencia se confundían las direcciones de escena con el diálogo y a menudo grandes actores se encontraban diciendo: «John se pone de pie, cruza hacia la izquierda». Naturalmente, esto causaba grandes desconciertos y, en algunas ocasiones, una mala crítica. El fenómeno se analiza en detalle a fin de que los estudiantes no cometan estos errores. Texto obligado: de A. F. Shulte, *Shakespeare: ¿fue él cuatro mujeres?*

Introducción a la asistencia social: un curso programado para el asistente social que quiera trabajar en «la práctica». Los temas cubiertos incluyen: cómo organizar equipos de baloncesto con gangs callejeros,

y viceversa; parques recreativos como medio para prevenir la delincuencia juvenil; cómo lograr que homicidas en potencia se dediquen al patinaje sobre hielo; la discriminación racial; los hogares destruidos; ¿qué hacer en caso de ser golpeado con una cadena de bicicleta?

Yeats y la higiene, un estudio comparativo: se analiza la poesía de William Butler Yeats en el contexto de un cuidado odontológico adecuado. (El curso está abierto a un número limitado de estudiantes.)

Para acabar con la tradición judaica
*Leyendas hasídicas según la interpretación
de un distinguido erudito*

Un hombre viajó a Chelm a fin de pedir consejo al Rabino Ben Kaddish, el más sabio de todos los rabinos del siglo XIX y quizás el *noodge*¹ más importante de la Edad Media.

—Rabino —preguntó el hombre—, ¿dónde puedo encontrar la paz?

El hasídico lo miró y dijo:

— ¡Rápido, mira detrás tuyo!

El hombre dio media vuelta, y el rabino Ben Kaddish le dio en la nuca con un candelabro.

—¿Es paz suficiente para ti? —le dijo ajustándose su *yarmulke*².

En esta parábola se hace una pregunta absurda. No sólo es absurda la pregunta, sino también el hombre que viajó a Chelm para hacerla. No es que estuviera muy lejos de Chelm, pero ¿por qué no pudo quedarse donde estaba? ¿Por qué fue a molestar al rabino Ben Kaddish? ¿Acaso el Rabino no tenía suficientes problemas? La verdad es que el Rabino estaba hasta la coronilla de este tipo de graciosos, porque una tal señora Hecht habría mencionado su nombre en un juicio de paternidad. No, la moraleja de este cuento es que este hombre no tiene nada mejor que hacer que vagabundear y poner nerviosa a la gente. Por ello, el rabino le golpea la cabeza, algo que, según el Torah, es uno de los métodos más sutiles de demostrar interés. En una versión similar de este cuento, el Rabino salta encima del hombre en un estado de frenesí y le graba la historia de Ruth en la nariz con un estilete.

1. Pelma. (N. del T.)

2. Casquete. (N. del T.)

* * *

El Rabino Raditz de Polonia era un rabino muy bajo con una barba muy larga. Se dice de él que inspiró muchos progroms con su sentido de humor. Uno de sus discípulos le preguntó:

—¿Quién era el preferido de Dios? ¿Moisés o Abraham?

—Abraham —replicó el Saduceo³.

—Pero Moisés condujo a los judíos a la Tierra Prometida —dijo el discípulo.

—Pues bien, entonces Moisés —contestó el Saduceo.

—Comprendo, Rabino. Fue una pregunta estúpida.

—No sólo eso, sino que eres un imbécil, tu mujer es un *meeskeit*⁴, y si no dejas de pisarme, quedas excomulgado.

En este caso, al Rabino se le pide que emita un juicio de valor entre Moisés y Abraham. No es asunto fácil, en especial para un hombre que jamás ha leído la Biblia y que siempre lo ha disimulado. Además, ¿qué significa el término, espantosamente subjetivo, «mejor»? Lo que es «mejor» para el Rabino no es necesariamente «mejor» para el discípulo. Por ejemplo, al Rabino le gusta dormir panza abajo. Al discípulo también le gusta dormir sobre la panza del Rabino. Aquí el problema es obvio. También es preciso señalar que pisar el pie de un rabino (como lo hace el discípulo en el cuento) es un pecado, según el Torah, comparable a acariciar *matzos*⁵ con cualquier intención que no sea comerlos.

* * *

3. Secta judía opuesta a los fariseos. (N. del T.)

4. Horror. (N. del T.)

5. Panecillo. (N. del T.)

Un hombre, que no podía casar a una hija suya muy fea, visitó al Rabino Shimmel de Cracovia.

Tengo una gran pena en el corazón —le dijo al Rev— porque Dios me ha dado una hija fea.

—¿Cuán fea? —preguntó el Rabino.

—Si la tumbara en un plato al lado de un arenque, usted no podría distinguir quién es quién.

El Rabino de Cracovia pensó un largo rato y por último preguntó:

—¿Qué clase de arenque?

El hombre, sorprendido por la pregunta, pensó rápidamente y contestó:

—Eh... un arenque Bismark.

—¿Qué lástima! —exclamó el Rabino—. Si fuera del Báltico tendría más posibilidades.

He aquí un cuento que ilustra la tragedia de las cualidades transitorias de la belleza. ¿Se parece realmente esta muchacha a un arenque? ¿Por qué no? ¿Habéis visto algunas de esas cosas que caminan por ahí estos días, en especial, en lugares de veraneo? Y aun cuando así sea, ¿acaso todas las criaturas no son hermosas a los ojos de Dios? Quizás, pero, si una muchacha parece estar más a gusto en un pote con salsa de vinagre que en un traje de noche, entonces tiene, sí, graves problemas. Por una extraña casualidad, se decía que la mujer del Rabino se parecía a un calamar, pero sólo de frente, aunque su tos carrasposa suplía con creces este defecto —algo que no alcanzaré jamás a comprender.

* * *

El Rabino Zwi Chaim Yisroel, erudito ortodoxo del Torah y que hizo de la lamentación un arte hasta entonces desconocido en Occidente, fue unánimemente considerado como el hombre más sabio del Renacimiento por sus hermanos hebreos, quienes totaliza-

ban un dieciseisavo del uno por ciento de la población. En una ocasión, cuando se encaminaba hacia la sinagoga para celebrar la fiesta sagrada judía, que conmemora la renuncia de Dios a toda promesa, una mujer le detuvo y le hizo la siguiente pregunta:

—Rabino, ¿por qué no podemos comer cerdo?

—¿No podemos? —preguntó incrédulo el Rabino—. ¡Ah, ésa sí tiene gracia!

Esta es una de las pocas leyendas de toda la literatura hasídica que trata la ley hebrea. El Rabino sabe que no debería comer cerdo; pero a él no le importa porque le gusta el cerdo. No sólo le gusta el cerdo, sino que se harta de huevos de Pascua. En suma, a él le tiene muy sin cuidado la Ortodoxia tradicional, y considera la alianza de Dios con Abraham como «un disparate más». Por qué la ley hebraica proscribió el cerdo es algo que aún no ha sido aclarado, y algunos estudiosos creen que el Torah simplemente sugiere que no se debe comer cerdo en ciertos restaurantes.

* * *

El Rabino Baumel, erudito de Vitebsk, decidió llevar a cabo una huelga del hambre con el objeto de protestar contra la injusta ley que prohibía a los judíos rusos usar zapatillas fuera del ghetto. Durante dieciséis semanas el religioso se tendió en un jergón rústico mirando al techo y se negó a tomar alimento alguno. Sus pupilos temían por su vida, y, un día, una mujer se acercó al camastro e, inclinándose sobre el sabio erudito, le preguntó:

—Rabino, ¿de qué color eran los cabellos de Ester?

El Rev se giró débilmente a un lado y la miró.

—¡Mira lo que se te ocurre preguntarme! —dijo—. ¿Sabes el dolor de cabeza que tengo de no probar bocado durante dieciséis semanas?

De inmediato, los discípulos del Rabino escoltaron a la mujer al *sukkah*⁶ donde comió vorazmente del cuerno de la abundancia hasta reventar.

Hay en este caso un tratamiento muy sutil del problema del orgullo y la vanidad, y todo parece indicar que el ayuno es una tremenda equivocación. En especial con el estómago vacío. El hombre no debe ser el promotor de su propia infelicidad; en realidad, el sufrimiento es fruto de la voluntad de Dios, aunque jamás alcance a comprender por qué Él disfruta tanto con ello. Algunas tribus ortodoxas creen que el sufrimiento es la única manera de redimirse; los eruditos escriben sobre los miembros de un culto, llamados los Esenitas⁷, quienes de forma premeditada andaban por ahí golpeándose la cabeza contra las paredes. Dios, según los últimos libros de Moisés, es benévolo, aunque haya aún muchos temas que él prefiere no tocar.

* * *

El Rabino Yekel de Zans, quien tenía la mejor dicción del mundo hasta que un Gentil le robó el amplificador que llevaba oculto, soñó tres noches consecutivas que, con sólo viajar a Vorki, allí encontraría un importante tesoro. Se despidió de su mujer y sus hijos y se puso en marcha diciendo que volvería en diez días. Dos años más tarde, se le encontró vagabundeando por los Urales, liado con un panda hembra. Congelado y muerto de hambre, el Rev fue trasladado de vuelta a su hogar donde se le pudo hacer volver a la vida a fuerza de sopas calientes y *flanken*.⁸ A continuación, le dieron algo

6. Lugar de retiro duraste la fiesta del Soukath en otoño. (N. del T.)

7. Secta judía austera en los tiempos de los Mácateos. (N. del T.)

8. Comida judía del este de Europa. (N. del T.)

de comer. Después de la cena, narró su historia: a los tres días de su partida de Zans, fue asaltado por nómadas salvajes. Cuando se enteraron de que era judío, le obligaron a zurcir todas sus chaquetas sport y a hacerles el dobladillo a los pantalones. Como si no fuera suficiente humillación le pusieron crema de leche en los oídos y se los taparon con cera. Por último, el Rabino se escapó y se encaminó hacia la ciudad más próxima, pero, en cambio, terminó en los Urales, porque tenía vergüenza de preguntar direcciones.

Después de contar la historia, el Rabino se puso de pie y se fue a dormir al dormitorio, y ¡atención! debajo de la almohada encontró el tesoro que había ido a buscar. En éxtasis, bajó de la cama y dio gracias a Dios. Tres días después, vagaba otra vez por los Urales, pero esta vez con un traje de conejo.

Esta pequeña obra maestra ilustra ampliamente el absurdo del misticismo. El Rabino sueña *tres* noches seguidas. Los Cinco Libros de Moisés, restados de los Diez Mandamientos, suman un total de cinco. Menos los hermanos Jacob y Esaú, nos quedan *tres*. Fue un razonamiento parecido el que llevó al Rabino Yitzhok Ben Levi, el gran místico judío, a ganar la apuesta doble en el hipódromo durante cincuenta y dos carreras consecutivas y aun así terminar viviendo del seguro social.

Para acabar con el ajedrez

Correspondencia

Mi querido Vardebedian:

Hoy tuve el gran disgusto, al revisar mi correspondencia de esta mañana, de enterarme que mi carta del 16 de septiembre, que contenía mi vigésimo segundo movimiento (caballo cuatro rey), me había sido devuelta debido a un pequeño error en el sobre —precisamente, la omisión de su nombre y residencia (¿cuan freudiano puede uno llegar a ser?), amén de olvidarme del sello. Nadie ignora que últimamente he estado un tanto desconcertado debido a una irregularidad en la Bolsa y, pese a que ese día, el dieciséis de septiembre, la culminación de una prolongada caída en espiral hizo volar las acciones de Antimateria Amalgamada de la tabla de valorizaciones y redujo de un solo golpe a mi agente de seguros a una auténtica piltrafa, no tengo excusas para mi negligencia y monumental ineptitud. Metí la pata. Perdóneme. El hecho de que usted no se percatara de que faltaba una carta indica un cierto despiste por su parte, que yo, por la mía, atribuyo a su impaciencia, pero Dios sabe que todos cometemos errores. Así es la vida. Y el ajedrez.

Pues bien, aclarado el error, debo hacer una pequeña rectificación. Si usted tuviera la amabilidad de transferir mi caballo al cuarto escaque de su rey, pienso que podremos seguir adelante con nuestro pequeño juego de modo más exacto. El anuncio de jaque mate que usted hiciera en su carta de hoy, creo que es, con toda honestidad, una falsa alarma, y, si usted reexamina las posiciones a la luz del descubrimiento de esta mañana, se dará cuenta de que *su* rey es el que está próximo al mate, expuesto y sin defensas, un blanco inmóvil para mis alfiles depredadores. ¡Irónicas son las vicisitudes de esta pequeña guerra! El destino, enmascarado en oficinas

de correspondencia extraviada, crece omnipotente y —*voilà!*— la suerte ha dado una voltereta. Una vez más, le ruego que acepte mis más sinceras excusas por este infortunado descuido y quedo, ansioso, a la espera de su próximo movimiento.

Le adjunto mi cuadragésimo quinto movimiento: mi caballo come su reina.

Atentamente,
Gossage

Gossage:

He recibido esta mañana su carta relativa al movimiento cuarenta y cinco (¿su caballo come mi reina?) y asimismo su prolongada explicación acerca de la elipsis de mediados de septiembre que sufriera su correspondencia. Veamos si le comprendo correctamente. Su caballo, al que yo retiré del tablero semanas atrás, usted ahora afirma que debiera estar en el cuarto escaque del rey a consecuencia de una carta perdida en la correspondencia hace veintitrés movimientos. No estaba al tanto de que hubiera ocurrido semejante percance y recuerdo perfectamente cuando usted llevó a cabo el vigésimo segundo movimiento que, me parece, fue su torre seis reina, que luego fue, por consiguiente, liquidada durante un gambito suyo que fracasó trágicamente.

En este momento, el cuarto escaque del rey está ocupado por *mi* torre, y, como usted no tiene alfiles, pese a la carta perdida en correos, no alcanzo a comprender qué pieza piensa utilizar para comer mi reina. A lo que, creo, usted se refiere, dado que la mayoría de sus piezas están bloqueadas, es solicitar que mueva su rey cuatro alfil (su única posibilidad), arreglo que me he tomado la libertad de hacer. por lo que contraataco en el movimiento de hoy, mi cuadragésimo sexto, como a su reina y dejo a su rey en jaque. Ahora su carta está más clara.

Pienso que los últimos movimientos que quedan del juego podrán llevarse a cabo con sobriedad y presteza.

Suyo.
Vardebedian

Vardebedian:

Acabo de leer su última nota, en la que comunica un estrambótico movimiento cuarenta y seis por el cual usted saca mi reina de un escaque por el que hace once días no ha pasado. Por medio de un cálculo paciente, pienso que he encontrado la causa de su confusión y falta de comprensión de hechos, sin embargo, evidentes. Que su torre esté en el cuarto escaque del rey es algo tan imposible como dos copos de nieve idénticos; si usted se remite al movimiento noveno del juego, comprobará que hace ya mucho tiempo que perdió la torre. Fue evidentemente aquella audaz operación suicida la que deshizo su frente de ataque y que le costó *ambas* torres. ¿Qué hacen, pues, en el tablero en este momento?

Para su consideración, le ofrezco mi versión de lo sucedido: la intensidad de los intercambios salvajes y precipitados del vigésimo segundo movimiento le dejaron en un estado de leve distracción, y, en la ansiedad que sintió por mantenerse en sus cabales en ese momento, no se percató de que llegaba mi carta y, en cambio, movió sus piezas dos veces otorgándose de ese modo una ventaja injusta, ¿no le parece? Este incidente ya pertenece al pasado, y volver a trazar nuestros pasos sería tediosamente difícil, por no decir imposible. En consecuencia, considero que la mejor manera de rectificar todo este asunto es permitirme la oportunidad de hacer ahora dos movimientos consecutivos. Lo justo es lo justo.

Por tanto, en primer lugar, tomo su alfil con mi

peón. Luego, como este movimiento deja a su reina sin protección, también se la cojo. Pienso que ahora podemos proceder con los últimos movimientos sin dificultades.

Atentamente,
Gossage

P.S. Le adjunto un diagrama que muestra de forma exacta cómo está el tablero en este momento para su conocimiento en la última jugada. Como puede ver, su rey está atrapado, sin protección y solitario en el centro. Saludos,

G.

Gossage:

Ayer recibí su última carta y, pese a que era levemente incoherente, creo comprender el motivo de su devaneo. Después de haber estudiado el diagrama que adjunta, me resultó obvio que, en las últimas seis semanas, hemos estado jugando dos partidas de ajedrez absolutamente distintas (yo, de acuerdo con nuestra correspondencia; usted, según unas normas muy genuinas en lugar de hacerlo según el sistema racional ya existente). El movimiento del rey, que supuestamente se extravió en correos, hubiera sido imposible en el vigésimo segundo movimiento, porque, en aquel momento, la pieza estaba en el borde de la última fila, y el movimiento que usted describe lo hubiera enviado sobre la mesa del café, al lado del tablero.

En cuanto a permitirle llevar a cabo dos movimientos consecutivos para recuperar el que supuestamente se extravió en correos, sin duda es una broma de su parte, amigo. Aceptaré el primer movimiento (usted come mi alfil), pero no puedo permitir el segundo, y, como es mi turno, contraataco comiéndome su reina con mi torre. El hecho de que usted

me comunique que no tengo torres significa muy poco en la realidad, porque sólo necesito echar un vistazo al tablero para verlas vivas en plena batalla, rebosantes de astucia y vigor.

Por último, el diagrama que usted sueña que es igual al tablero señala obviamente que ha recibido mayor influencia de los Hermanos Marx que de Bobby Fisher, y, si bien es astuto, poco dice en su favor después de la lectura de *El ajedrez según Nimzowitsch* que usted se llevó de mi biblioteca el invierno pasado oculto debajo de su abrigo de alpaca. Le sugiero que estudie el diagrama que le adjunto y que reajuste su tablero según esas indicaciones; así, quizás, podamos terminar el juego con cierto grado de precisión.

Confío en usted,
Vardebedian

Vardebedian:

Sin intención de prolongar un asunto, ya de por sí confuso (sé que su reciente enfermedad ha dejado su estado de salud, por lo general robusto, un tanto debilitado provocando a veces una pérdida de todo contacto con la realidad), debo aprovechar esta oportunidad para deshacer el sórdido laberinto de circunstancias antes de que progrese de forma irrevocable hacia una conclusión kafkiana.

De haber sabido que usted no era lo suficientemente caballero como para permitirme recuperar el segundo movimiento, no habría, en mi movimiento cuarenta y seis, permitido que mi peón se apoderara de su alfil. De hecho, según su propio diagrama, estas dos piezas están ubicadas de tal forma que lo hace imposible, obligados como estamos a las normas establecidas por la Federación Mundial de Ajedrez y no por la Comisión de Boxeo del Estado de Nueva York. Sin poner en duda que su intención

fue constructiva al coger mi reina, ahora yo afirmo que sólo se puede llegar al desastre cuando usted se arroga el poder arbitrario de la decisión y empieza a actuar como un dictador, enmascarando los errores tácticos con duplicidad y agresión (una costumbre que usted mismo condenó en nuestros líderes mundiales en su monografía «De Sade y la no-violencia»).

Por desgracia, ya que el juego no se ha detenido, no me ha sido posible calcular con exactitud dónde debería colocar el alfil cogido por error; sugiero que lo dejemos en manos de los dioses: cierro los ojos y lo coloco sobre el tablero, si ambos aceptamos el lugar fortuito en que pueda aterrizar. Debo agregar un elemento vital a nuestro encuentro. Mi movimiento cuarenta y siete: mi caballo se come a su alfil.

Atentamente,
Gossage

Gossage:

¡Qué extraña su última carta! Bien intencionada, concisa, y, sin embargo, con todos aquellos elementos que podrían pasar, en ciertos cenáculos intelectuales, por lo que Jean-Paul Sartre describió tan brillantemente como la «nada». Uno, de inmediato, queda conmovido por una profunda sensación de desespero, algo que recuerda esos diarios que a veces dejaron los exploradores moribundos y perdidos en el Polo, o las cartas de aquellos soldados alemanes en Stalingrado. ¡Es fascinante comprobar hasta qué punto puede desintegrarse la razón cuando se enfrenta a una siniestra verdad ocasional y huye en desordenada retirada para mejor materializar un espejismo y construir defensas precarias contra el asalto de una realidad demasiado terrible!

Tal como están las cosas, amigo mío, acabo de pasar la mayor parte de esta semana intentando

aclarar el ovillo de pretextos lunáticos que conforman su correspondencia en un esfuerzo por ajustar el asunto y lograr que nuestra partida finalice simplemente de una vez por todas. Su reina no existe. Dígale adiós. Lo mismo sucede con sus torres. Olvídense completamente de uno de los alfiles porque yo me lo comí. El otro está situado en una posición tan desoladora, lejano y ajeno a la acción principal, que no cuente con él, o se llevará un disgusto que le partirá el corazón.

En cuanto al caballo, que usted perdió sin vuelta de hoja pero que se niega a ceder, lo he colocado otra vez en la única posición concebible, permitiéndole de ese modo la más increíble de las heterodoxias desde que, hace ya tanto tiempo, los persas se sacaran de la manga esta pequeña diversión. Está en el séptimo escaque de mi alfil y, si usted, durante el lapso suficiente, puede mantener en orden sus facultades alteradas, se percatará de que esta pieza codiciada ahora bloquea el único camino que tiene su rey para escapar a mi irresistible movimiento en forma de tenaza. ¡Qué ironía! ¡Su complot egoísta se ha resuelto en ventaja para mí! ¡El caballo, fascinado, regresa al campo de batalla y torpedea su final de partida!

Mi movimiento es alfil, cinco caballo, y predigo jaque mate en un solo movimiento,

Cordialmente,
Vardebedian

Vardebedian:

Es obvio que la tensión nerviosa constante, además de la energía empleada en defender una serie de torpes y desesperanzadas posiciones de ajedrez, ha terminado por desbarajustar la delicada maquinaria de su aparato psíquico y ha hecho que su comprensión de los fenómenos externos sea en este momento

un tanto lamentable. No queda otra alternativa para remover la tensión antes de que usted termine con una lesión permanente.

Caballo —¡sí, caballo!— seis reina. Jaque.

Gossage

Gossage:

Alfil cinco reina. Jaque mate.

Lamento que la competición haya sido demasiado difícil para usted, pero, si puede servirle de consuelo, le diré que, después de haber observado mi técnica, varios maestros locales de ajedrez han desistido de presentarme batalla. Si usted quiere una revancha, le sugiero que hagamos un intento con el *scrabble*, un juego al que me intereso desde hace poco y que, espero, no suscite tantas protestas.

Vardebedian

Vardebedian:

Torre ocho caballo. Jaque mate.

En vez de atormentarle con nuevos detalles acerca de mi jaque mate, como creo que es usted esencialmente un hombre honrado (algún día, alguna forma de terapia me dará la razón), acepto su invitación para el *scrabble* muy complacido. Tenga listo su tablero. Ya que usted jugó blancas en ajedrez y, por lo tanto tuvo la ventaja del primer movimiento (de haber conocido sus limitaciones, le hubiera dado más satisfacciones), creo tener derecho al primer movimiento. Las siete letras que acabo de descubrir son O, A, E, J, N, R, y Z (una mezcla sin futuro que debe garantizar, hasta al más suspicaz, la integridad de mi elección). Sin embargo,

afortunadamente, un extenso vocabulario, unido a una cierta afición por lo esotérico, me han permitido poner un orden etimológico a lo que, a una persona menos culta, hubiera parecido un absurdo. Mi primera palabra es «ZANJERO». Búsquela en el diccionario. Ahora colóquela, horizontalmente, con la E en el cuadrado del centro. Cuente con cuidado, sin olvidarse del doble puntaje por ser el primer movimiento y del bono de cincuenta puntos que me corresponde por el uso de las siete letras. El marcador ahora está 116 a 0.

Su turno.

Gossage

Para acabar con los regímenes de bajas calorías

Reflexiones de un sobrealimentado

(Después de haber leído a Dostoievski y una nueva revista dietética en el mismo viaje en avión)

Soy gordo. Soy asquerosamente gordo. Soy el ser humano más gordo que conozco. Lo único que tengo es exceso de peso en todo el cuerpo. Tengo los dedos gordos. Tengo las muñecas gordas. Mis ojos son gordos. (¿Puedes imaginar ojos gordos?) Tengo muchos kilos de más. Se desparrama la carne sobre mí como el chocolate caliente encima de un helado. Mi cintura es motivo de asco para todos los que me miran. No hay la más mínima duda, soy lo que se dice un montón de grasa. Quizás, pregunte el lector, ¿hay ventajas o desventajas en tener forma de planeta? No es mi intención hacerme el gracioso o hablar con paradojas, pero debo contestar que la gordura en sí está por encima de la moral burguesa. Simplemente se trata de gordura. Que la gordura pueda tener un valor en sí, que la gordura pueda ser, pongamos por caso, mal vista o lamentable, es por supuesto, una broma. ¡Qué absurdo! Porque, después de todo, ¿qué es la gordura si no una acumulación de kilos? ¿Y qué son los kilos? Simplemente un compuesto agregado de células. ¿Acaso una célula puede ser moral? ¿Está una célula más allá del bien y del mal? ¿Quién sabe? ¡Son tan pequeñas! No, amigo, jamás debemos tratar de distinguir entre una gordura buena o mala. Debemos acostumbrarnos a considerar al obeso sin emitir juicio, sin pensar «la gordura de este hombre es una gordura de primera categoría» o «la de este pobre diablo es lamentable».

Consideremos el caso de K. Era un tipo porcino al punto de que no podía pasar por el marco nor-

mal de una puerta sin la ayuda de una palanca. Es cierto que a K. no se le ocurría pasar de una habitación a otra en una vivienda convencional sin desnudarse antes completamente y luego untarse con mantequilla. Imagino los insultos que debe haber sufrido K. por parte de pandillas de jóvenes groseros. ¡Con qué frecuencia deben haberle llamado a gritos «Mapamundi» o «Ballena»! ¡Qué humillación debió ser para él que el gobernador de la provincia se dirigiera a él, en la víspera de la fiesta de San Miguel, y le interpelara delante de los dignatarios: «¡Usted, el gordo, esa inmensa olla de canalones!»!

Entonces, un día, cuando K. no pudo ya soportar esa situación, se puso a régimen. ¡Sí, a régimen! Primero sacrificó los dulces. Luego, el pan, el alcohol, las féculas, las salsas. En suma, K. sacrificó el relleno que hace que un hombre no pueda atarse los zapatos sin la ayuda de los Hermanos Santini.¹ Poco a poco empezó a adelgazar. Cayeron los pliegues de carne de los brazos y de las piernas. Y allí donde había comparecido como un gato castrado, ahora, de pronto, apareció con una conformación normal. Sí, incluso atractiva. Parecía el más feliz de los mortales. Digo «parecía», porque, dieciocho años más tarde, cuando estaba con un pie en la tumba y la fiebre le convulsionaba el delgado esqueleto, se le oyó decir: «¡Mi gordura! ¡Que me devuelvan mi gordura! ¡Oh, por favor! ¡Quiero mi gordura! ¡Oh, que alguien me regale un poco de peso! ¡Qué tonto he sido! ¡Abandonar mi gordura! ¡Debo haber caído en las garras del Demonio!». Pienso que la moraleja de la historia es obvia.

Ahora, quizás el lector esté pensando: «¿Por qué, si eres más obeso que un cerdo, no te has metido en un circo?». Porque (y lo confieso con no poca vergüenza) no puedo salir de casa. No puedo salir porque no puedo ponerme los pantalones. Mis pier-

1. Célebres contorsionistas. (N. del T.)

nas son demasiado gordas. Son el resultado viviente de la absorción de tanto *comed beef* como el que hay en la pampa. Diría alrededor de doce mil sandwiches por pierna. Y no todos de carne magra, aunque así los pedí. Una cosa es cierta: si mi gordura hablara, quizás hablaría de la inmensa soledad del hombre... con, ¡oh!, tal vez unas indicaciones adicionales para la confección de barquitos de papel, pero eso ya no es tan seguro. Cada gramo de mi cuerpo desea con todas sus fuerzas enviar un mensaje al mundo. Mi gordura es una gordura extraña. Ha visto mucho. Sólo mis pantorrillas han vivido ya toda una vida. La mía no es una gordura feliz, pero es real. No es una gordura falsa. Lo peor que puedas tener es una gordura falsa, aunque no sé si aún está a la venta.

Pero déjame decirte cómo pasé a ser gordo. Porque no siempre fui gordo. La Iglesia me ha hecho así. En un tiempo era delgado, bastante delgado. De hecho, tan flaco que llamarme gordo hubiera sido un evidente error de percepción. Seguí flaco hasta el día (pienso que fue cuando cumplí veinte años) en que estaba tomando té y bizcochos con un tío mío en un buen restaurante. De improvisto mi tío me sorprendió con una pregunta: «¿Crees en Dios? Si crees en él, ¿cuánto crees que pesa?». Después de estas palabras, aspiró de su cigarro una profunda y prolongada bocanada y, con ese modo intimista y confiado que cultivaba, prorrumpió en un ataque de tos tan violento que pensé que sufriría una hemorragia.

—No creo en Dios —le dije—, porque, si existe un Dios, entonces, dime, tío, ¿por qué existe la pobreza y la calvicie? ¿Por qué algunos hombres pasan por la vida inmunes a mil enemigos mortales de la especie y otros pescan unas gripes que duran semanas enteras? ¿Por qué tenemos los días contados y no clasificados por orden alfabético? Contéstame, tío. ¿O es que te he dejado perplejo?

Sabía que estaba a buen resguardo porque no había nada que pudiera sorprender a ese hombre. Habría podido haber visto sin chistar cómo los turcos violaban a la madre de su maestro de ajedrez. El incidente le hubiera parecido divertido aun cuando encontrase que le había hecho perder demasiado tiempo.

—Querido sobrino —me dijo—, hay un Dios, pese a lo que piensas, y Él está en todas partes. ¡Así es! ¡En todas partes!

—¿En todas partes, tío? ¿Cómo puedes decir eso cuando ni siquiera sabes seguro que existe? Es verdad que en este momento te estoy tocando la verruga, pero ¿acaso no podría tratarse de una ilusión? ¿Acaso toda la vida no podría ser una ilusión? Por cierto, ¿no existen acaso ciertas sectas de santones en Oriente que están convencidos de que *nada* existe fuera de sus mentes con la excepción del bar de mariscos de la esquina? Simplemente, ¿no será que estamos solos y a la deriva, sin esperanza de salvación ni la menor posibilidad de nada, salvo la miseria, la muerte, y la vacía realidad de la nada eterna?

Pude comprobar que le había causado una profunda impresión con mi discurso porque me dijo:

—¿Y aún te sorprendes de que no te inviten a más fiestas? ¡Es que llevas un morbo encima que asusta!

Me acusó de nihilista y luego dijo en ese tono sentencioso que adoptan los viejos:

—Dios no siempre está donde uno lo busca, pero te aseguro, querido sobrino, que Él está en todas partes. En estos bizcochos, por ejemplo.

Con esas palabras, se retiró dejándome su bendición y con una cuenta que parecía la lista de víveres de un portaaviones.

Regresé a casa preguntándome lo que había querido decir con esa simple declaración «Él está en todas partes. En estos bizcochos, por ejemplo». Ma-

reado y de mal humor, me eché en la cama y dormí una corta siesta. En ese momento, tuve un sueño que me cambió la vida para siempre. En el sueño, yo caminaba por el campo cuando, de pronto, me daba cuenta de que tenía hambre. Estaba muerto de hambre, si prefieres. Llegué a un restaurante y entré. Pedí un sandwich caliente de roast beef y una porción de patatas fritas. La camarera, que se parecía a mi portera (una mujer absolutamente insípida que recuerda un montón de líquenes peludos), me insinuó que pidiera una ensaladilla de pollo que no parecía recién hecha. Mientras conversaba con esa mujer, ella se convirtió en un juego de cubiertos de veinticuatro piezas. Me puse histérico de risa, de pronto me deshice en lágrimas y pesqué una seria infección en el oído. La habitación se inundó de un brillo radiante y vi que se aproximaba una figura fulgurante en un corcel blanco. Era mi callista y caí al suelo convulsionado por un sentimiento de culpabilidad.

Así fue mi sueño. Me desperté con una tremenda sensación de bienestar. De improviso, me sentí optimista. Todo estaba claro. Las palabras de mi tío repercutieron en lo más profundo de mi ser. Me dirigí a la cocina y empecé a comer. Devoré todo lo que había a la vista. Pasteles, panes, cereales, carne, frutas. Chocolates succulentos, verduras con salsa, vinos, pescado, cremas y pastas, merengues y salchichas, superando con mucho los sesenta mil dólares. Si Dios está en todas partes, había sido mi conclusión, entonces Él también está en la comida. Por consiguiente, cuanto más trague, más santo seré. Llevado por este nuevo fervor religioso, me cebé como un condenado. En seis meses, era el más santo de todos los santos, con un corazón completamente dedicado a la oración y un estómago que, sólito, cruzaba la frontera estatal. La última vez que me vi los pies fue una mañana de martes en Vitebsk, aunque, según creo, aún están allí abajo.

Comí y comí y crecí y crecí. Adelgazar hubiera representado la peor de las locuras. ¡Hasta un pecado! Porque, cuando perdemos diez kilos, querido lector (y supongo que no tienes mis dimensiones), ¡quizás estemos perdiendo los mejores diez kilos que tenemos! Quizás estemos perdiendo los kilos que contienen nuestro genio, nuestra humanidad, nuestro amor y nuestra honradez. (Excepto en el caso de un inspector que conozco y que sólo perdió unos pocos michelines alrededor de la cintura.)

Sé muy bien lo que vas a decirme. Dirás que esto está en completa contradicción con todo, sí, con todos los principios que antes enuncié. ¡De pronto, va, y atribuyo valores a esta carne nuestra que no es más que eso: carne! Sí, ¿y qué? ¿Acaso la vida no está hecha de ese mismo tipo de contradicciones? La opinión que uno tenga de la gordura puede cambiar del mismo modo que cambian las estaciones, que se nos cambia el pelo, que cambia la misma vida. Porque la vida es cambio y la gordura es vida y la gordura también es muerte. ¿No te das cuenta? ¡La gordura lo es todo! A menos, por supuesto, que tengas demasiada.

Para acabar con los libros de recuerdos

Memorias de los años veinte

Llegué por primera vez a Chicago en los años 20 para presenciar un combate de boxeo. Ernest Hemingway estaba conmigo y ambos nos hospedamos en el campo de entrenamiento de Jack Dempsey. Hemingway acababa de terminar dos cuentos sobre boxeo y, si bien Gertrude Stein y yo pensamos que eran bastante potables, creíamos que aún necesitaban cierta elaboración. Le hice unas bromas a Hemingway sobre su novela en preparación y nos reímos mucho y nos divertimos y luego nos calzamos unos guantes de boxeo y me rompió la nariz.

Ese invierno, Alice Toldas, Picasso y yo alquilamos una villa en el sur de Francia. En ese entonces, yo estaba trabajando en lo que me parecía que iba a ser una gran novela americana, pero los caracteres eran demasiado pequeños y no pude terminarla.

Por las tardes, Gertrude Stein y yo salíamos a la caza de antigüedades en las tiendas locales, y recuerdo que, en una ocasión le pregunté si consideraba que yo tenía que hacerme escritor. En la típica manera enigmática, que a todos nos tenía encantados, me contestó: «No». Consideré que me había querido decir sí y, al día siguiente, partí hacia Italia. Italia me recordó mucho Chicago, en especial Venecia, ya que ambas ciudades tienen canales y en las calles abundan las estatuas, y las catedrales, producto de los más grandes escultores del Renacimiento.

Ese mes fuimos al taller de Picasso en Arles, que en aquel tiempo se llamaba Rouen o Zurich, hasta que los franceses lo volvieron a bautizar en 1589 bajo el reinado de Luis el Vago. (Luis fue un rey bastardo del siglo XVI que se comportó como un cerdo, con todo el mundo.) Entonces, Picasso estaba a punto de empezar lo que más tarde se daría a conocer como un «período azul», pero Gertrude Stein y yo

tomamos café con él y tuvo que empezarlo diez minutos más tarde. Duró cuatro años y, por tanto, esos diez minutos no significaron gran cosa.

Picasso era un hombre bajo que tenía un modo graciosa de caminar poniendo un pie delante del otro hasta que daba lo que él denominaba «un paso». Nos reímos de sus deliciosas ideas, pero a fines de 1930, con el fascismo en alza, había muy pocas cosas de qué reírse. Tanto Gertrude Stein como yo examinamos con meticulosidad las últimas obras de Picasso, y Gertrude Stein opinó que «el arte, todo el arte, es simplemente la expresión de algo». Picasso no estuvo de acuerdo y dijo: «Déjame en paz. Estoy comiendo». Mi opinión fue que Picasso tenía razón: estaba comiendo.

El taller de Picasso era muy distinto al de Matisse. Mientras el de Picasso era desordenado, en el de Matisse reinaba el más perfecto orden. Bastante curioso, pero precisamente la inversa era cierta. En septiembre de ese mismo año, a Matisse se le encargó que pintara una alegoría, pero con la enfermedad de su mujer, no pudo pintarla y, en su lugar, se le enganchó papel pintado. Recuerdo todas esas anécdotas porque ocurrieron justo antes del invierno y todos estábamos viviendo en un piso barato en el norte de Suiza, un lugar donde llueve de improviso y luego del mismo modo deja de hacerlo. Juan Gris, el cubista español, había convencido a Alice Toklas a que posara para una naturaleza muerta y, con su típica concepción abstracta de los objetos, empezó a romperle la cara y el cuerpo para llegar a sus básicas formas geométricas hasta que llegó la policía y los separó. Gris era provincialmente español, y Gertrude Stein decía que sólo un español de verdad podía comportarse como él, es decir, hablaba en castellano y a veces iba a visitar a su familia en España. Realmente era algo maravilloso de ver y oír.

Recuerdo una tarde en que estábamos sentados

en un alegre bar en el sur de Francia con nuestros pies cómodamente puestos sobre taburetes en el norte de Francia, cuando, de pronto, Gertrude Stein dijo: «Estoy mareada». Picasso pensó que se trataba de algo sumamente gracioso, y yo lo tomé como una señal para largarme a África. Siete semanas después, en Kenia, nos encontramos con Hemingway. Entonces, bronceado y con barba, empezaba ya a madurar ese estilo tan suyo: no se le veía más que los ojos y la boca. Allá, en el continente negro inexplorado, Hemingway había tenido que padecer los labios partidos más de mil veces.

—¿Qué hay, Ernest? —le pregunté. Se puso a hablar sobre la muerte y las aventuras como sólo él podía hacer, y cuando me desperté, ya había levantado las tiendas y estaba sentado al lado de una gran fogata preparando unos aperitivos cutáneos para todos. Le hice una broma sobre su nueva barba y nos reímos y tomamos unos tragos de coñac y luego nos calzamos unos guantes de boxeo y me rompió la nariz.

Ese año fui por segunda vez a París a hablar con un compositor europeo, flaco y nervioso, de aguileño perfil y ojos admirablemente rápidos, que algún día llegaría a ser Igor Stravinsky, y luego, más tarde, su mejor amigo. Me hospedé en casa de Sting y Nan Ray, donde Salvador Dalí iba a cenar varias veces, y Dalí decidió hacer una exposición individual, cosa que hizo, y resultó un éxito estrepitoso ya que apareció un solo individuo, y fue un invierno alegre y muy francés, de los buenos.

Recuerdo una noche en que Scott Fitzgerald y su mujer regresaron a su casa de la fiesta de Noche Vieja. Era en abril. Hacía tres meses que no tomaban otra cosa que champán; una semana antes, vestidos de etiqueta, habían arrojado su coche desde lo alto de un alcantilado al océano a raíz de una apuesta. Había algo auténtico en los Fitzgerald: sus valores eran fundamentales. Eran gente tan sencilla

que, cuando, más tarde, Grant Wood¹ les convenció para que posaran para su *Gótico americano*, recuerdo lo contentos que estaban. Durante todo el tiempo de la pose, Zelda me dijo que Scott no paró de hacer caer al suelo su horquilla.

Creció mi amistad con Scott en los años siguientes; la mayoría de nuestros amigos creían que el protagonista de su última novela estaba inspirado en mí y que mi vida estaba inspirada en su anterior novela. Acabé siendo considerado un personaje de ficción.

Scott tenía un grave problema de disciplina y, si bien todos adorábamos a Zelda, pensábamos que tenía una influencia nefasta en su obra, reduciendo su producción de una novela al año a una ocasional receta de mariscos y una serie de comas.

Finalmente, en 1929, todos juntos fuimos a España. Allí, Hemingway nos presentó a Manolete que era tan sensible hasta el punto de resultar afeminado. Usaba ajustados pantalones de torero o, a veces, de ciclista. Manolete era un gran, gran artista. De no haberse convertido en matador de toros, su gracia era tal que podría haber llegado a ser un contable mundialmente famoso.

Nos divertimos mucho en España aquel año y viajamos y escribimos y Hemingway me llevó a pescar atún y pesqué cuatro latas y nos reímos y Alice Toklas me preguntó si estaba enamorado de Gertrude Stein ya que le había dedicado un libro de poemas aunque eran de T. S. Eliot y dije que sí, la amaba, pero el asunto nunca podría funcionar porque ella era demasiado inteligente para mí y Alice Toklas estuvo de acuerdo y luego nos calzamos unos guantes de boxeo y Gertrude Stein me rompió la nariz.

1. El «pintor del suelo americano» que representaba sobre todo campesinos en acción. (N. del T.)

Para acabar con las películas de terror

El conde Drácula

En algún lugar de Transilvania, yace Drácula, el monstruo, durmiendo en su ataúd y aguardando que caiga la noche. Como el contacto con los rayos solares le causarían la muerte con toda seguridad, permanece en la oscuridad de su caja forrada de raso que lleva inscritas sus iniciales en plata. Luego, llega el momento de la oscuridad y, movido por un instinto milagroso, el demonio emerge de la seguridad de su escondite y, asumiendo las formas espantosas de un murciélago o un lobo, recorre los alrededores y bebe la sangre de sus víctimas. Por último, antes de que los rayos de su gran enemigo, el sol, anuncien un nuevo día, se apresura a regresar a la seguridad de su ataúd protector y se duerme mientras vuelve a comenzar el ciclo.

Ahora, empieza a moverse. El movimiento de sus cejas responde a un instinto milenario e inexplicable, es señal de que el sol está a punto de desaparecer y que se acerca la hora. Esta noche, está especialmente sediento y, mientras allí descansa, ya despierto, con smoking y su capa forrada de rojo confeccionada en Londres, esperando sentir con espectral exactitud el momento preciso en que la oscuridad es total antes de abrir la tapa y salir, decide quiénes serán las víctimas de esta velada. El panadero y su mujer, reflexiona. Suculentos, disponibles y nada suspicaces. El pensamiento de esta pareja despreocupada, cuya confianza ha cultivado con meticulosidad, excita su sed de sangre y apenas puede aguantar estos últimos segundos de inactividad antes de salir del ataúd y abalanzarse sobre sus presas.

De pronto, sabe que el sol se ha ido. Como un ángel del infierno, se levanta rápidamente, se metamorfosea en murciélago y vuela febrilmente a la casa de sus tentadoras víctimas.

—¡Vaya, conde Drácula, qué agradable sorpresa! —dice la mujer del panadero al abrir la puerta para dejarlo pasar. (Asumida otra vez su forma humana, entra en la casa ocultando, con una sonrisa encantadora, su rapaz objetivo.)

—¿Qué le trae por aquí tan temprano? —pregunta el panadero.

—Nuestro compromiso de cenar juntos —contesta el conde—. Espero no haber cometido un error. Era esta noche, ¿no?

—Sí, esta noche, pero aún faltan siete horas.

—¿Cómo dice? —inquire Drácula echando una mirada sorprendida a la habitación.

—¿O vino a contemplar el eclipse con nosotros?

—¿Eclipse?

—Así es. Hoy tenemos un eclipse total.

—¿Qué dice?

—Dos minutos de oscuridad total a partir de las doce del mediodía.

—¡Vaya por Dios! ¡Qué lío!

—¿Qué le pasa, señor conde?

—Perdóname... debo...

—¿Qué, señor conde?

—Debo irme... Hem... ¡Oh, qué lío!... —y, con frenesí, se aferra al picaporte de la puerta.

—¿Ya se va? Si acaba de llegar.

—Sí, pero, creo que...

—Conde Drácula, está usted muy pálido.

—¿Sí? Necesito un poco de aire fresco. Me alegro de haberos visto...

—¡Vamos! Siéntese. Tomaremos un buen vaso de vino juntos.

—¿Un vaso de vino? Oh, no, hace tiempo que dejé la bebida, ya sabe, el hígado y todo eso. Debo irme ya. Acabo de acordarme que dejé encendidas las luces de mi castillo... Imagínese la cuenta que recibiría a fin de mes...

—Por favor —dice el panadero pasándole al conde un brazo por el hombro en señal de amistad—.

Usted no molesta. No sea tan amable. Ha llegado temprano, eso es todo.

—Créalo, me gustaría quedarme, pero hay una reunión de viejos condes rumanos al otro lado de la ciudad y me han encargado la comida.

—Siempre con prisas. Es un milagro que no haya tenido un infarto.

—Sí, tiene razón, pero ahora...

—Esta noche haré pilaf de pollo —comenta la mujer del panadero—. Espero que le guste.

—¡Espléndido, espléndido! —dice el conde con una sonrisa empujando a la buena mujer sobre un montón de ropa sucia. Luego, abriendo por equivocación la puerta de un armario se mete en él—. Diablos, ¿dónde está esa maldita puerta?

—¡Ja, ja! —se ríe la mujer del panadero—. ¡Qué ocurrencias tiene señor conde!

—Sabía que le divertiría —dice Drácula con una sonrisa forzada—, pero ahora déjeme pasar.

Por fin, abre la puerta, pero ya no le queda tiempo.

—¡Oh, mira, mamá —dice el panadero—, el eclipse debe haber terminado! Vuelve a salir el sol.

—Así es —dice Drácula cerrando de un portazo la puerta de entrada—. He decidido quedarme. Cierren todas las persianas, rápido, ¡rápido! ¡No se queden ahí!

—¿Qué persianas? —pregunta el panadero.

—¿No hay? ¡Lo que faltaba! ¡Qué par de...! ¿Tenéis al menos un sótano en este tugurio?

—No —contesta amablemente la esposa—. Siempre le digo a Jarslov que construya uno, pero nunca me presta atención. Ese Jarslov...

—Me estoy ahogando. ¿Dónde está el armario?

—Ya nos la ha hecho esa broma, señor conde. Ya nos ha hecho reír lo nuestro.

—¡Ay... qué ocurrencia tiene!

—Mirad, estaré en el armario. Llamadme a las siete y media.

Y, con esas palabras, el conde entra en el armario y cierra la puerta.

—¡Ja, ja...! ¡qué gracioso es Jarslov!

—Señor conde, salga del armario. Deje de hacer burradas.

Desde el interior del armario, llega la voz sorda de Drácula.

—No puedo... de verdad. Por favor, créanme. Tan sólo permítanme quedarme aquí. Estoy muy bien. De verdad.

—Conde Drácula, basta de bromas. Ya no podemos más de tanto reírnos.

—Pero, créanme, me encanta este armario.

—Sí, pero...

—Ya sé, ya sé... parece raro y sin embargo aquí estoy, encantado. El otro día precisamente le decía a la señora Hess, déme un buen armario y allí puedo quedarme durante horas. Una buena mujer, la señora Hess. Gordá, pero buena... Ahora, ¿por qué no hacéis vuestras cosas y pasáis a buscarme al anoche-
cer? Oh, Ramona, la la la la la, Ramona...

En aquel instante entran el alcalde y su mujer, Katia. Pasaban por allí y habían decidido hacer una visita a sus buenos amigos, el panadero y su mujer.

—¡Hola, Jarslov! Espero que Katia y yo no te molestemos.

—Por supuesto que no, señor alcalde. Salga, conde Drácula. ¡Tenemos visitas!

—¿Está aquí el conde? —pregunta el alcalde, sorprendido.

—Sí, y nunca adivinaría dónde está —dice la mujer del panadero.

—¡Qué raro es verlo a esta hora! De hecho, no puedo recordar haberle visto ni una sola vez durante el día.

—Pues bien, aquí está. ¡Salga de ahí, conde Drácula!

—¿Dónde está? —pregunta Katia sin saber si reír o no.

—¡Salga de ahí ahora mismo! ¡Vamos! —La mujer del panadero se impacienta.

—Está en el armario —dice el panadero con cierta vergüenza.

—¡No me digas! —exclama el alcalde.

—¡Vamos! —dice el panadero con un falso buen humor mientras llama a la puerta del armario—. Ya es suficiente. Aquí está el alcalde.

—Salga de ahí, conde Drácula —grita el alcalde—. Tome un vaso de vino con nosotros.

—No, no contéis conmigo. Tengo que despachar unos asuntos pendientes.

—¿En el armario?

—Sí, no quiero estropearos el día. Puedo oír lo que decís. Estaré con vosotros en cuanto tenga yo algo que decir.

Se miran y se encogen de hombros. Sirven vino y beben.

—Qué bonito el eclipse hoy —dice el alcalde tomando un buen trago.

—¿Verdad? —dice el panadero—. Algo increíble.

—¡Dígamelo a mí! ¡Espeluznante! —dice una voz desde el armario.

—¿Qué, Drácula?

—Nada, nada. No tiene importancia.

Así pasa el tiempo hasta que el alcalde, que ya no puede soportar esa situación, abre de golpe la puerta del armario y grita:

—¡Vamos, Drácula! Siempre pensé que usted era una persona sensata. ¡Déjese de locuras!

Penetra la luz del día; el diabólico monstruo lanza un grito desgarrado y lentamente se disuelve hasta convertirse en un esqueleto y luego en polvo ante los ojos de las cuatro personas presentes. Inclínándose sobre el montón de ceniza blanca, la mujer del panadero pega un grito:

—¡Mi cena se ha ido al carajo!

Para acabar con los espectáculos de mimo

¡Un poco más alto, por favor!

Debéis comprender que estáis tratando con un hombre que se tragó el *Finnegans Wake* en una montaña rusa de Coney Island,¹ penetrando en el abstruso laberinto de Joyce con soltura, pese a las violentas sacudidas que me han hecho perder las prótesis de mis dientes. Comprended también que pertenezco a esa minoría selecta que presintió al instante, ante el primer Buick en chatarra expuesto en el Museo de Arte Moderno, esta interacción sutil entre el fondo y la forma que Odilon Redon podría haber logrado de haberse olvidado de la delicada ambigüedad del pastel y haber trabajado con una prensa de automóviles. Asimismo, señores, soy uno de los pocos cuya perspicacia hizo que ubicara a *Esperando a Godot* en su correcta perspectiva para los numerosos espectadores perplejos que se arrastraban por el foyer del teatro durante el intermedio, amoscados de haber pagado más de la cuenta a los revendedores de billetes por diálogos incomprensibles en un espectáculo de una sola estrella. Tendría que añadir que mantengo con las artes estrechas relaciones. Además, puedo escuchar ocho emisoras de radio a la vez y, de tanto en tanto, me siento con mi propia Philco, en horas de descanso, en un sótano de Harlem para oír las noticias de última hora y las previsiones meteorológicas. En una ocasión, un obrero agrícola, un tanto lacónico, llamado Jess, que jamás había estudiado en su vida, interpretó los pronósticos de la Bolsa con gran sentimiento. Auténtica música *soul*. Por último, y para cerrar mi caso con precisión, tomen nota de que soy asiduo espectador de *happenings* y de estrenos

1. Famoso parque de diversiones de Nueva York. (N. del T.)

underground y que colaboro con frecuencia en «Sight and Stream», una publicación trimestral e intelectual dedicada a las ideas más avanzadas sobre cine y la pesca de agua dulce. Si éstas no les parecen credenciales suficientes para que me conozcan por Joe el Sensible, entonces, amigos, me doy por vencido. Y, no obstante, gracias a esta intuición que me chorrea del cuerpo como miel de un pastel, hace poco me acordé de que tengo un fallo cultural, un talón de Aquiles que me sube por la pierna hasta la base de la nuca.

Empezó a manifestarse en enero pasado cuando, una noche, de pie en el bar McGinnis de Broadway, donde comía el pastel de queso más rico del mundo, tuve, además de un sentimiento de culpabilidad, la impresión colesterosa de que mi aorta se volvía tan rígida como un bastón de hockey. A mi lado había una rubia de cortar la respiración, cuyos pechos se hinchaban rítmicamente debajo de una blusa negra con tanta provocación que habría llevado fácilmente a un *boy scout* a un estado licantrópico. Durante los primeros quince minutos, mi «páseme la mostaza» había sido el único tema de nuestra conversación, pese a mis más variados intentos de crear una mayor intimidad. Lo peor es que ella, en efecto, me había pasado la mostaza y yo me vi obligado a untar con mostaza un trozo del pastel de queso para justificar mis buenas intenciones.

—Tengo entendido que las acciones de los huevos están en alza —me animé por último a decir, fingiendo la despreocupación de un hombre que fusiona sociedades en sus momentos libres.

Ignorando que había entrado el novio de la chica, que era estibador, con una falta del sentido de la oportunidad propia de Laurel y Hardy, y que, por si fuera poco, estaba justo detrás mío, le eché una mirada ávida de hambriento necesitado. Recuerdo aún haber dicho alguna ingeniosidad sobre Kraft-Ebing antes de perder el conocimiento. Me recuerdo,

poco después, corriendo por la calle para evitar las iras de lo que parecía ser el garrote de un primo siciliano dispuesto a vengar el honor de la joven. Busqué refugio en la oscuridad fría de un cine donde Bugs Bunny y tres Libriums devolvieron mi sistema nervioso a su ritmo acostumbrado. La película principal empezó y resultó un documental turístico sobre la selva de Nueva Guinea, un tema que, en mi escala de valores puede rivalizar en interés con «Formaciones de musgo» o «Cómo viven los pingüinos». «Los seres primitivos», comentaba el narrador, «viven hoy igual que el hombre de hace millones de años, cazan el jabalí (cuyo standard de vida no parecía tampoco haber mejorado), se sientan alrededor del fuego por las noches y reconstituyen las escenas de caza con pantomimas». Pantomimas. La palabra me golpeó con la fuerza de un estornudo. Aquí se resquebrajaba mi armazón cultural, el único fallo, por cierto, pero un vacío que no había dejado de perseguirme desde mi más tierna infancia, desde el día en que un mimodrama, sacado de *El abrigo* de Gogol, había escapado por completo a mi entendimiento y me había convencido de que estaba presenciando a catorce rusos haciendo gimnasia. La pantomima me ha resultado siempre un misterio; un enigma que prefiero olvidar por la vergüenza que me ha hecho pasar. Pero allí se manifestaba otra vez esa debilidad y, muy a pesar mío, peor que nunca. Entendía tan poco las gesticulaciones frenéticas del jefe de la tribu guineana como a Marcel Marceau en cualquiera de sus sketches cómicos que atraen a multitudes llenas de admiración. Me retorcí en mi asiento mientras el actor aficionado de la selva hacía reír en silencio a sus compañeros primitivos y, después de su actuación, pasaba el plato por los ancianos de la tribu; entonces, no pude más y me retiré abatido de la sala.

En casa, aquella tarde, mi deficiencia se convirtió en obsesión. Era la cruel verdad: pese a mi olfato

canino en todos los demás campos del arte, bastaba una tarde de mímica para convertirme en el hombre de la azada de Markham:¹ «Estúpido, estupefacto, como un buey de arado». Me enfurecí de impotencia, pero un calambre endureció la parte posterior de mi muslo y tuve que sentarme. Después de todo, razoné, ¿habrá otra forma más elemental de comunicación que ésta? ¿Por qué esta forma artística universal resulta tan clara para todo el mundo menos para mí? Traté de enfurecerme de impotencia una vez más y esta vez lo conseguí, pero mi barrio es muy tranquilo y pocos minutos después aparecieron dos robustos muchachos de la Comisaría local para informarme que enfurecerse de impotencia podía significar una multa de quinientos dólares, seis meses de prisión o ambas penalidades. Les di las gracias y me metí en la cama donde mi lucha por dormir lejos de mi monstruosa imperfección dio como resultado ocho horas de ansiedad nocturna que no se las desearía ni al mismo Macbeth.

Otro ejemplo espeluznante de mi vacío mimético se materializó tan sólo unas pocas semanas después, cuando aparecieron ante mi puerta dos billetes gratuitos para el teatro (que gané por haber identificado correctamente la voz de Frank Sinatra en un concurso radiofónico quince días antes). El primer premio era un Bentley, así que, para llamar al acto al locutor, había salido desnudo y dando brincos de la bañera. Al coger el teléfono con una mano mojada mientras intentaba apagar la radio con la otra, pegué un salto hasta el techo mientras las chispas llenaban la habitación como si me ejecutaran en una silla eléctrica. Mi segunda órbita alrededor de la lámpara, que colgaba del techo, fue interrumpida por el cajón

1. Edwin Markham (1852-1940). Poeta norteamericano famoso por su poema «El hombre con la azada». (N. del T.)

abierto de mi escritorio Luis XV contra el que me di de cabeza con una moldura dorada en la boca. Mi rostro parecía haber sido comprimido en un molde de pastel rococó, tenía además un chichón en la cabeza del tamaño de un huevo de avestruz que afectó mi lucidez, y salí en segundo lugar detrás de la señora Sleet Mazursky. Entonces, al hacerse trizas mi sueño de Bentley, me conformé con un par de billetes gratis para una representación en un teatro *Off Broadway*. Que un famoso mimo internacional estuviera en el programa enfrió mi ardor hasta temperaturas polares, pero, con la esperanza de acabar de una vez por todas con mi mala suerte, decidí hacer acto de presencia. Me fue imposible invitar a una chica porque sólo contaba con seis semanas de tiempo, entonces regalé el billete a mi lavador de ventanas, Lars, un letárgico subalterno tan rebosante de sensibilidad artística como el Muro de Berlín. Al principio, creyó que aquel papelito color naranja era comestible, pero, cuando le expliqué que servía para un espectáculo de mimo (el único espectáculo, con excepción de un incendio, que tenía alguna posibilidad de entender), me agradeció con grandes efusiones.

La noche del espectáculo, los dos (yo con mi capa de etiqueta y Lars con su balde) salimos con aplomo del fondo de un coche alquilado, y al entrar en el teatro nos precipitamos hacia nuestros asientos donde pude examinar el programa y me enteré, con cierto nerviosismo, de que el primer sketch era un breve entretenimiento silencioso titulado *Día de picnic*. Empezó cuando un microbio de hombre entró al escenario con el rostro encalado y vestido con una malla de baile negra y ajustada. Un clásico traje de picnic que yo mismo usé para un picnic en Central Park el año pasado y que, salvo para unos pocos adolescentes resentidos que lo tomaron por una co-

quetería senil, pasó desapercibido. Él mismo empezó a desdoblar un mantel para colocarlo en la hierba, y, al instante, mi vieja duda volvió a asaltarme. Podía estar desdoblado un mantel de picnic como ordeñando una cabra. Luego, con sumo cuidado se sacó los zapatos, si bien no estoy muy seguro de que fueron sus zapatos, porque se fraguó uno de ellos y envió el otro por correo a Pittsburgh. Digo «Pittsburgh», pero, en realidad, es sumamente difícil imitar el concepto de Pittsburgh, y, pensándolo bien, creo que no estaba en absoluto imitando Pittsburgh, sino a un hombre que conducía un triciclo a través de una puerta giratoria o quizá también a dos hombres que desmantelaban una rotativa de imprenta. Cómo se relacionaba todo esto con el picnic es algo que no comprendo. Luego, el mimo empezó a separar una colección invisible de objetos rectangulares, sin la menor duda pesados, como una edición completa de la *Enciclopedia Británica*, que, sospecho, sacaba de la cesta de picnic, aunque, por el modo en que maniobraba, también podrían haber sido los músicos del Cuarteto de Cuerdas de Budapest, todos atados y amordazados.

Por aquel entonces, para sorpresa de los que estaban sentados a mi lado, me encontré, como de costumbre, tratando de ayudar al mimo a aclarar los detalles de la escena adivinando en voz alta y de forma exacta lo que estaba haciendo: «Almohadagran almohada. ¿Cojín? *Parece* un cojín...». Este tipo de participación benévola suele molestar al auténtico amante del silencio en un teatro, y he notado en ocasiones una clara tendencia en las personas sentadas a mi lado a expresar su intranquilidad de distintas maneras, que van de significativos carraspeos a un golpe de porra en la nuca, como el que recibí de un miembro de la liga Cultural de Amas de Casa de Manhasset. En el caso del picnic, una viuda, arrugada como una momia, me machacó los nudillos con sus anteojos, a modo de látigo

incriminándome: «Quieto ahí, viejo zorros. Luego, embalada, con la lenta y paciente elocución de quien se dirige a un soldado de infantería aturdido por las bombas, me explicó que el mimo estaba tratando de parodiar los distintos elementos que suelen complicar la vida del que va de picnic: las hormigas, la lluvia y el destornillador que siempre se olvida uno en casa. Momentáneamente advertido, me partí de risa ante la idea de un hombre obsesionado por el olvido de su destornillador y me maravillé de sus infinitas posibilidades dramáticas.

Por último, el mimo empezó a soplar vidrio. O bien soplaba vidrio, o bien ponía inyecciones intravenosas a un equipo de fútbol. Parecía un equipo de jugadores de fútbol, pero podría haber sido un coro de hombres (o una máquina diatérmica), también podría estar disecando un coro de cualquiera de esos cuadrúpedos inmensos, ya inexistentes, frecuentemente anfibios, pero por lo general herbívoros, cuyos restos fosilizados han sido encontrados en la región más septentrional del Ártico. A estas alturas, el público se tronchaba de risa con las tonterías que veían en el escenario. Hasta el primate de Lars se secaba las lágrimas de hilaridad con el limpia-cristales. Pero yo seguía siendo un caso perdido; como más me empeñaba, menos comprendía. Una sensación de fracaso se abatió sobre mí, me saqué los zapatos y me puse a dormir. Cuando recobré los sentidos, lo primero que vi fue un par de mujeres de limpieza trabajando en la platea y discutiendo los pros y los contras de la celulitis. Restregándome los ojos en el brillo mortecino de la luz de servicio del teatro, me ajusté la corbata y fui a Riker's donde una hamburguesa y un buen chocolate caliente no me dieron problemas en cuanto a su significado; por primera vez en toda la noche, me sacudí el peso de mi culpabilidad. Hasta hoy sigo siendo culturalmente incompleto, pero lo estoy superando. Si alguna vez veis vizquear a un esteta en un espectáculo de

mimo, luchar y hablar consigo mismo, acercaos y venid a saludarme, pero, por favor, hacedlo al principio del espectáculo; no me gusta que me molesten cuando duermo.

Para acabar con el psicoanálisis

Conversaciones con Helmholtz

A continuación presentamos fragmentos de conversaciones extraídas de un libro de próxima publicación, *Conversaciones con Helmholtz*.

El doctor Helmholtz, que ahora tiene casi noventa años de edad, fue contemporáneo de Freud, un pionero del psicoanálisis y el fundador de la escuela de psicología que lleva su nombre. Quizás su mayor fama se debe a sus investigaciones sobre el comportamiento humano en las que probó que la muerte es una característica congénita.

Helmholtz vive en una residencia de campo en Lausanne, Suiza, con su criado, Hrolf, y su perro danés, Rholf. Pasa la mayor parte del tiempo escribiendo; en este momento, está revisando su autobiografía con el propósito de incluirse en la misma. Estas «conversaciones» fueron mantenidas durante un período de varios meses entre Helmholtz y su estudiante y discípulo, Fears Hoffnung, a quien Helmholtz detesta en sumo grado, pero a quien tolera porque siempre le lleva turrónes. Las conversaciones cubren una gran cantidad de materias que van de la psicopatología a la religión, de la que Helmholtz no parece haber podido aún obtener una tarjeta de crédito. «El Maestro», como lo llama Hoffnung, emerge de estas páginas como un ser humano acogedor y perceptivo que sostiene que prescindiría muy a gusto de todos los logros de su vida si sólo pudiera sacarse de encima la erupción cutánea que padece.

* * *

1.º de abril: Llegué a la casa de Helmholtz a las once en punto, y la criada me comunicó que el doctor estaba en su dormitorio *horadando*. En el estado febril en que me encontraba, creí que la criada había

dicho que el doctor estaba en su habitación *orando*. Pero pronto todo se confirmó, y Helmholtz estaba horadando frutos secos. Tenía grandes puñados de frutos secos en cada mano y los apilaba al azar. Cuando le pregunté acerca de qué estaba haciendo, me dijo:

—¡Ajj... si todo el mundo horudara frutos secos!

La respuesta me sorprendió, pero pensé que era mejor no insistir. Cuando se acomodó en su sillón de cuero, le pregunté sobre el período heroico del psicoanálisis.

—Cuando conocí a Freud por primera vez, yo ya estaba dedicado al estudio de mis propias teorías. Freud estaba en una panadería. Quiero decir que intentaba comprar *Schnecken*, pero no podía. Freud, como usted sabe, no podía pronunciar la palabra *Schnecken* porque le producía una tremenda vergüenza. «Quisiera unos pasteles, de éstos», decía señalándolos. El panadero respondía, «¿Quiere decir estos *Schnecken*, Herr Professor?» Cuando eso sucedía, Freud se ponía colorado y se alejaba murmurando, «Hem, no... nada... no tiene importancia». Compré los pasteles sin el menor esfuerzo y se los llevé como regalo a Freud. Nos hicimos buenos amigos. Desde entonces, he pensado que cierta gente se avergüenza de decir ciertas palabras. ¿Hay alguna palabra que le avergüenza a usted?

Le expliqué al doctor Helmholtz que no podía pedir «langostomate» (un tomate relleno de langosta) en un restaurante donde este plato era la especialidad. Helmholtz encontró que esa palabra era lo suficientemente imbécil como para romperle la cara al hombre que la había inventado.

La conversación volvió a Freud, quien parece dominar todos los pensamientos de Helmholtz, aunque los dos hombres se detestaran mutuamente después de una grave discusión sobre el perejil.

—Recuerdo un caso de Freud. Edma S., parálisis histérica de la nariz. Incapaz de imitar a un conejo

cuando sus amigos se lo pedían. Esto le causaba una gran ansiedad cuando estaba con sus amigos que, a menudo, tenían un comportamiento cruel: «Vamos, Liebchen, enséñanos qué bien imitas a un conejo». Acto seguido movían las aletas de su nariz con toda libertad y se divertían a costa de ella.

»Freud la llevó a su consultorio para una serie de sesiones de análisis, pero algo funcionó mal, porque, en vez de atraer su atención sobre él, Freud, atrajo su atención sobre su perchero, un inmenso mueble de madera que estaba al otro lado de la habitación. Freud se sintió presa del pánico, porque en aquel tiempo al psicoanálisis se le miraba aún con cierto escepticismo; el día en que la muchacha se fue en un crucero en compañía del perchero, Freud juró que jamás volvería a practicar su profesión. La verdad es que, durante un tiempo, consideró seriamente la idea de hacerse acróbata de circo hasta que Ferenczi le convenció de que jamás aprendería hacer el triple salto mortal con soltura.»

Me di cuenta de que a Helmholtz le había entrado sueño porque se había deslizado de la silla y estaba en el suelo debajo de la mesa, completamente dormido. Sin querer aprovecharme de su generosidad, me fui de puntillas.

5 de abril: Al llegar, encontré a Helmholtz practicando en su violín. (Es un maravilloso violinista aficionado, aunque no puede leer un pentagrama y sólo puede tocar una nota.) Una vez más, Helmholtz evocó algunos problemas de los comienzos del psicoanálisis.

—Todo el mundo quería quedar bien con Freud. Rank sentía celos de Jones. Jones envidiaba a Brill. Brill se sentía tan molesto por la presencia de Adler que le escondió el sombrero color ratón. En cierta ocasión, Freud tema unos caramelos de miel en el

bolsillo y ofreció algunos a Jung. Rank se enfureció. Se quejó conmigo de que Freud favorecía a Jung. Especialmente en la distribución de los caramelos. Yo lo ignoré, porque no sentía especial simpatía por Rank ya que hacía poco tiempo se había referido a mi monografía, *De la euforia en los gasterópodos*, como «el cénit del razonamiento mongoloide».

Años más tarde, Rank mencionó el incidente mientras paseábamos en coche por los Alpes. Le recordé la idiotez de su comportamiento en aquel tiempo y él admitió que había actuado bajo el efecto de una gran depresión debido a que su nombre, Otto, se escribía del mismo modo para adelante que para atrás.»

Helmholtz me invitó a cenar. Nos sentamos a la gran mesa de roble que, según él, había sido un regalo de Greta Garbo, aunque ella niega haber conocido ni la mesa ni a Helmholtz. Una típica cena de Helmholtz consistía en una pasa de uva grande, generosas porciones de grasa de cerdo y una lata individual de salmón. Después de la cena, sirvieron hierbabuena, y Helmholtz sacó su colección de mariposas lacadas que le provocaron cierto nerviosismo cuando se negaron a volar.

Más tarde, en la sala, Helmholtz y yo nos relajamos fumando puros. Helmholtz olvidó encender su puro, pero aspiraba con tanta fuerza que el puro disminuyó igual.) Conversamos sobre algunos de los casos más celebrados del Maestro.

—Tuve a un tal Joachim B. Un hombre de unos cuarenta años que no podía entrar en una habitación donde hubiera un violoncello. Lo más grave era que, una vez en el interior de una habitación con el violoncello, no podía retirarse a menos que se lo pidiera un Rothschild. Además, Joachim B. tartamudeaba. Pero no cuando hablaba. Sólo cuando escribía. Sí, por ejemplo, escribía la palabra «por», en la carta aparecía «p-p-p-p-por». Se le hacían muchas bromas respecto a este impedimento, y una vez intentó sui-

cidarse por asfixia con una crêpe. Lo curé con hipnosis y le fue posible llevar una vida normal, saludable, aunque, años más tarde, le entraron ciertas fantasías: por ejemplo, la de encontrarse con un caballo que le aconsejaba estudiar arquitectura.

Helmholtz habló del famoso violador V., quien, en una época, aterrorizó a todo Londres:

—Un caso muy extraño de perversión. Tenía regularmente una visión sexual en la que era humillado por un grupo de antropólogos que le obligaban a caminar con las piernas arqueadas, lo que, según confesó, le producía un inmenso placer sexual. Recordaba que, cuando niño, había sorprendido a la ama de llaves de sus padres, una mujer de dudosa moral, besando un ramo de berros, lo cual le pareció erótico. Cuando adolescente, fue castigado por haberle barnizado la cabeza a su hermano, aunque su padre, pintor de oficio, se enfadó aún más por el hecho de que no le hubiera pasado una segunda mano.

»V. atacó a su primera mujer cuando tenía dieciocho años y, a continuación, violó media docena a la semana durante años. Lo más que pude hacer por él fue substituir sus tendencias agresivas por un hábito; a partir de entonces, cuando encontraba por casualidad a una mujer desprevenida, en vez de atacarla, sacaba de su chaqueta un inmenso pez y se lo mostraba. Si bien esta visión causaba una cierta consternación en algunas, las mujeres no eran objeto de ninguna violencia y algunas confesaron que sus vidas habían sido inmensamente enriquecidas por la experiencia.»

12 de abril: Hoy, Helmholtz no se encontraba muy bien. El día anterior se había perdido en un prado y había resbalado sobre unas peras maduras. Debía guardar cama, pero se incorporó cuando entré y hasta se rió cuando le conté que tenía un grano mal colocado.

Discutimos sobre su teoría de la psicología invertida, algo que se le ocurrió poco tiempo después del fallecimiento de Freud. (El fallecimiento de Freud, según Ernest Jones, fue el incidente que causó la ruptura definitiva entre Helmholtz y Freud; prueba de ello es que en muy contadas ocasiones volvieron a dirigirse la palabra.)

En esa época, Helmholtz había llevado a cabo un experimento que consistía en agitar una campanilla y, al acto, un equipo de ratones blancos escoltaba a la señora Helmholtz hasta la puerta y la acompañaba hasta la acera. Realizó varios experimentos sobre el comportamiento, y sólo los abandonó cuando un perro, entrenado para salivar en cuanto recibía una señal, se negó a dejarlo entrar en su casa. A Helmholtz se le debe también la ya clásica monografía sobre la *Risa histérica del caribú*.

—Así es, fundé la escuela de psicología invertida. De forma bastante casual, en realidad. Mi mujer y yo estábamos cómodamente en la cama cuando, de improviso, sentí deseos de beber agua. Con demasiada pereza para levantarme, le pedí a la señora Helmholtz que me lo trajera. Se negó aduciendo que estaba exhausta por haber recogido garbanzos. Discutimos acerca de quién tenía que ir a buscar el agua. Finalmente, dije: «En realidad, no quiero un vaso de agua. En realidad, un vaso de agua es lo último que quiero en este mundo». De inmediato, mi mujer se levantó de un salto y dijo: «Ah, ¿con que no quieres agua? ¡Qué lástima!». Rápidamente abandonó el dormitorio y me trajo un vaso lleno. Traté de comentar el incidente con Freud en el picnic anual de analistas en Berlín, pero él y Jung formaban equipo en la carrera de sacos y estaba demasiado absorto por las festividades para poder escucharme.

»Pocos años más tarde, encontré el medio de utilizar este principio en el tratamiento de la depresión y pude curar al gran cantante de ópera, J., de su

morboso terror a terminar sus días metido en una cesta.

18 de abril: Llegué y encontré a Helmholtz podando unos arbustos. Habló mucho de la belleza de las flores a las que ama porque ano se pasan la vida pidiendo dinero prestado».

Hablamos sobre el psicoanálisis contemporáneo al que Helmholtz considera un mito mantenido con vida por la industria del sofá.

—¡Estos analistas modernos! ¡Cobran fortunas! En mis tiempos, por cinco marcos, el mismo Freud te trataba. Por diez marcos, te trataba y te planchaba incluso los pantalones. Por quince marcos, Freud permitía que *tú* lo trataras a *él* y eso incluía una invitación a comer. ¡Treinta dólares la hora! ¡Cincuenta dólares la hora! ¡El Kaiser no ganaba más que doce veinticinco, y porque era el Kaiser! ¡Y tenía que ir al trabajo a pie! ¡Y con lo que dura un tratamiento! ¡Dos años! ¡Cinco años! Si uno de nosotros no podía curar a un paciente en seis meses, le devolvíamos el dinero, lo llevábamos a ver una revista musical y le regalábamos un plato de caoba para frutas o un juego de cuchillos de acero inoxidable. Recuerdo que siempre se podía saber con qué pacientes había fracasado Jung porque les regalaba grandes osos de peluche.

Caminamos por el sendero del jardín, y Helmholtz se puso a hablar de otros temas de interés. Era un verdadero torrente de visiones y me las arreglé para anotar algunas.

Sobre la condición humana: «Si el hombre fuera inmortal, ¿te das cuenta de lo que sería su cuenta en la carnicería?»

Sobre la religión: «No creo en la vida ultraterrena, aunque por las dudas me llevaré una muda de ropa interior.»

Sobre la literatura: «Toda la literatura es una nota

a pie de página del *Fausto*. No tengo idea de lo que quiero decir con esto.»

Estoy convencido de que Helmholtz es un gran hombre.

Para acabar con las revoluciones en Latinoamérica

¡Viva Vargas!

3 de junio: ¡Viva Vargas! Hoy nos lanzamos a a la sierra. Indignados y disgustados por la explotación que lleva a cabo en nuestro pequeño país el corrupto régimen de Arroyo, enviamos a Julio al palacio del gobierno con una lista de nuestras quejas y reivindicaciones, todas, en mi opinión, justificadas. Resultó que el orden del día sobrecargado de Arroyo no incluía el que dejaran de abanicarle para encontrarse con nuestro amado enviado revolucionario, por lo que delegó el asunto a su Primer ministro quien afirmó que consideraría con atención nuestras peticiones, pero que, primero, quería ver cuánto tiempo podía sonreír Julio con la cabeza metida en lava hirviendo.

Como consecuencia de éstas y otras indignidades, decidimos finalmente, bajo el inspirado liderazgo de Emilio Molina Vargas, tomar el asunto en nuestras propias manos. Puestos a traicionar, gritamos por las calles, traicionemos del todo.

Estaba inoportunamente relajándome en una bañera de agua caliente, cuando llegó la noticia de que la policía pasaría en unos minutos para colgarme. Pegué un salto fuera del baño con comprensible presteza; pisé un jabón húmedo y patiné hasta el patio; por suerte, amorticé la caída con los dientes que se desparramaron en el suelo como una caja de Chiclets. Aunque desnudo y herido, el instinto de conservación me dictó que actuara con rapidez y, cuando monté el Diablo, mi alazán, lancé el grito de los rebeldes. El caballo se encabritó sobre sus dos patas traseras y volví a encontrarme en el suelo con muchos huecesitos fracturados.

Por si fuera poco, había hecho apenas unos metros a pie cuando me acordé de mi multicopista;

no quise dejar atrás un arma política, prueba judicial de semejante importancia, di media vuelta y fui a buscarla. Para colmo de la mala suerte, el trasto ése pesaba más de lo que parecía y levantarlo era trabajo más apropiado para una grúa que para un estudiante universitario de sesenta kilos. Cuando llegó la policía, tenía la mano atrancada en la máquina que rugía de forma incontrolable mientras imprimía largas citas de Marx sobre mi espalda desnuda. No me preguntéis cómo me las arreglé para desengancharme y pegar un salto por la ventana de atrás. Por suerte, eludí a la policía y me abrí camino hasta la seguridad del campamento de Vargas.

4 de junio: ¡Qué paz en estas sierras! ¡Vivir al aire libre bajo las estrellas! ¡Un puñado de hombres entregados a una causa! ¡Trabajando por un objetivo común! Aunque había intervenido en el plan de ataque, Vargas consideró que mis servicios podían ser mejor empleados como cocinero del campamento. No es un trabajo fácil cuando escasean los alimentos, pero alguien tenía que hacerlo y, teniendo en cuenta las circunstancias, mi primer rancho fue todo un éxito, aunque no a todos los hombres les apeteciera el monstruo Gila¹, pero no era el momento adecuado para sutilezas, y, aparte algunos pobres mezquinos que no soportan los reptiles, la cena se desarrolló sin el menor incidente.

Hoy, oí hablar a Vargas y me pareció bastante seguro de nuestros planes. Piensa que tendremos la capital bajo control a mediados de diciembre. Su hermano Luis, en cambio, un hombre de naturaleza taciturna, cree que en muy poco tiempo, habremos muerto todos de hambre. Los hermanos Vargas dis-

1. Lagarto venenoso de gran tamaño, comparable a la iguana, que habita Centroamérica. (N. del T.)

cuten constantemente de estrategia militar y filosofía política; resulta difícil imaginar que estos dos grandes jefes rebeldes eran, hace apenas una semana, chicos de lavado en el Hilton local. Mientras tanto, seguimos esperando.

10 de junio: Día dedicado al ejercicio. Es milagroso ver cómo de una pandilla de guerrilleros desastrosos nos hemos convertido en un ejército de primera. Esta mañana, Hernández y yo practicamos el uso de los machetes, nuestros cuchillos para la caña de azúcar, afilados como hojas de afeitar, y, debido al exceso de entusiasmo de mi compañero, descubrí que tenía sangre de tipo O. Lo peor de todo es la espera. Arturo tiene una guitarra, pero sólo sabe tocar *Cielito lindo* y, si bien a los hombres les gustó escucharlo al principio, ahora ya ni le aplauden. Traté de guisar el monstruo Gila de otra manera y pienso que a los hombres les gustó, aunque noté que algunos tenían que masticar mucho y agitar la cabeza para que les bajara.

Oí hablar por casualidad a Vargas otra vez. Él y su hermano elaboraban planes para cuando la capital cayera en nuestras manos. Me pregunto qué cargo habrá pensado para mí cuando haya triunfado la revolución. Estoy bastante seguro de que mi extrema lealtad, sólo comparable a la de un perro, será recompensada.

1º de julio: Un comando de nuestros mejores hombres atacó hoy un pueblo en busca de alimentos y tuvo oportunidad de emplear muchas de las tácticas que hemos estado practicando. La mayoría de los rebeldes se comportaron muy bien y, aunque el comando fue aniquilado casi en su totalidad, Vargas lo considera una victoria moral. Los que no formamos parte del comando, nos quedamos sentados en el campamento mientras Arturo nos cantaba *Cielito lindo*. La moral permanece elevada pese a que los

alimentos y las armas son virtualmente inexistentes y a que el tiempo pasa con mucha lentitud. Por suerte, nos distrae el calor de más de cincuenta grados, el cual, se me ocurre, puede ser la causa del extraño ruido de gorjeos que emiten nuestros hombres. Ya nos llegará el momento.

10 de julio: Hoy fue, en líneas generales, un buen día pese a que los hombres de Arroyo nos tendieran una emboscada y casi nos liquidaran. En parte fue culpa mía porque delaté nuestra posición al invocar la Santísima Trinidad a voz en grito cuando una tarántula se me subió por la pierna. Durante algunos segundos, no pude deshacerme de la tenaza de la maldita araña mientras se abría camino en las secretas profundidades de mi ropa haciendo que corriera como un loco hasta el río y me tirara en él, lo cual me pareció que duraba tres cuartos de hora. Poco después, los soldados de Arroyo abrieron fuego sobre nosotros. Luchamos con valentía, aunque la sorpresa haya creado una leve desorganización y durante los primeros diez minutos nuestros hombres se hayan acribillado entre sí. El mismo Vargas se salvó por un pelo de la catástrofe cuando una granada aterrizó a sus pies. Me ordenó que me arrojara sobre ella. Consciente de que sólo él es indispensable a nuestra causa, lo hice. El destino quiso que la granada no estallara, y salí entero del incidente con sólo un ligero temblor y la incapacidad de dormirme a menos de que alguien me tenga cogida la mano.

15 de julio: La moral de nuestros hombres parece seguir elevada a pesar de los ligeros contratiempos. En primer lugar, Miguel robó unos misiles de tierra, pero los confundió con misiles de tierra-aire, y al intentar derribar varios aviones de Arroyo, hizo volar por los aires a todos nuestros camiones. Cuando trató de disculparse como si hubiera sido una broma, José se enfureció y se pelearon. Más tarde, hicieron

las maletas de prisa y desertaron. Dicho sea de paso, la deserción puede convertirse en un grave problema, aunque por el momento, el optimismo y el espíritu de cuerpo la han limitado a sólo tres de cada cuatro hombres. Yo, por supuesto, sigo leal y sigo cocinando, pero los hombres no parecen apreciar las dificultades de mi misión. La verdad es que han amenazado con matarme si no encuentro otra alternativa al monstruo Gila. A veces los soldados pueden llegar a ser irracionales. Sin embargo, no pierdo confianza, y puede que un día de éstos los sorprenda con algo nuevo. Mientras tanto, nos sentamos en el campamento y esperamos. Vargas camina para arriba y para abajo en su tienda de campaña y Arturo toca *Cielito lindo*.

1.º de agosto: Pese a todo por lo que debemos estar agradecidos, no hay duda de que en nuestro cuartel general reina un estado de ligera tensión. Cosas insignificantes, sólo perceptibles al ojo observador, indican la presencia de una corriente subterránea de intranquilidad. Por un lado, han aumentado los navajazos entre los hombres a medida que se hacen más frecuentes las peleas. Asimismo, un intento de atacar un depósito de municiones para rearmarnos terminó cuando el cohete de señales que llevaba Julio le estalló en el bolsillo. Todos nuestros hombres pudieron escapar, menos Julio que fue capturado después de haber volado dos docenas de edificios como si nada. Aquella tarde, de regreso al campamento, cuando volví a sacar el monstruo Gila, los hombres se amotinaron. Me agarraron y me inmovilizaron mientras Ramón me golpeaba con mi propio cucharón. De forma misericordiosa me salvó una tormenta eléctrica que se cobró tres vidas. Por último, cuando las frustraciones alcanzaban ya su punto álgido, Arturo tocó *Cielito lindo* y los que tenían menos inclinaciones musicales en el grupo lo llevaron

detrás de una roca y le obligaron a comerse la guitarra.

En la columna del activo podemos anotar que el enviado diplomático de Vargas, tras muchos intentos abortados, consiguió llegar a un interesante acuerdo con la C.I.A. por el cual, a cambio de nuestra irrevocable lealtad hacia ellos, se comprometían a aprovisionarnos con no menos de cincuenta pollos asados a la semana.

Vargas piensa ahora que tal vez había sido prematuro predecir la victoria para diciembre e indica que la victoria total podrá exigir algo más de tiempo. Resulta extraño que haya dejado sus mapas y sus diagramas para dedicarse a la astrología y a la lectura de entrañas de pájaros.

12 de agosto: La situación ha empeorado. El destino ha querido que los hongos, que yo recogiera con tanto cuidado para variar el menú, resultaran venenosos; si bien el único efecto notable consistiera en unas pocas convulsiones menores, los compañeros me trataron, a mi parecer, exageradamente mal. Y, para colmo, la C.I.A., tras reconsiderar nuestras posibilidades de éxito con la revolución, invitó a Arroyo y a todo su gabinete a un almuerzo en el Wolfie's de Miami Beach. Esto, sumado al obsequio de 24 bombarderos jet, indujo a Vargas a temer un cambio sutil en las alianzas.

La moral permanece razonablemente elevada y, si bien ha aumentado el ritmo de deserciones, éstas aún quedan reducidas a aquellos que pueden caminar. El mismo Vargas parece estar un poco taciturno y le ha dado por ahorrar trozos de hilo. Ahora piensa que la vida bajo el régimen de Arroyo quizás no sería tan incómoda y se pregunta si no tendríamos que volver a adoctrinar a los hombres que nos quedan, abandonar los ideales de la revolución y formar una orquesta de rumba. Mientras tanto, las fuertes lluvias han provocado un aluvión que arrastró a los herma-

nos Juárez al desfiladero mientras dormían. Hemos despachado un emisario a ver a Arroyo con una lista modificada de nuestras reivindicaciones; pusimos especial interés, en sacar los párrafos referentes a su rendición incondicional y la sustituimos por una suculenta receta para preparar monstruos Gila. Me pregunto en qué terminará todo esto.

15 de agosto: ¡Hemos tomado la capital! ¡Increíble! Siguen detalles de la operación:

Después de muchas deliberaciones, los compañeros votaron y decidieron poner nuestras últimas esperanzas en una misión suicida, suponiendo que el elemento sorpresa podría ser un tanto a nuestro favor para derrotar las fuerzas superiores de Arroyo. Mientras marchábamos por la selva en dirección al palacio, el hambre y el cansancio diezmaron lentamente gran parte de nuestro entusiasmo y, al aproximarnos a nuestro lugar de destino, decidimos realizar un cambio de táctica. Nos entregamos a los guardias del palacio quienes nos llevaron a punta de pistola ante la presencia de Arroyo. El dictador tomó en consideración el atenuante de habernos entregado voluntariamente; aunque a Vargas no pensaba más que sacarle las entrañas, al resto de nosotros sólo pensaba desollarnos vivos. Al reconsiderar nuestra situación a la luz de este nuevo concepto, fuimos presas del pánico y salimos corriendo en todas direcciones mientras los guardias abrían fuego. Vargas y yo subimos corriendo las escaleras en busca de un escondite, irrumpimos en el *boudoir* de la señora Arroyo y la sorprendimos en un momento de pasión ilícita con el hermano de Arroyo. Ambos quedaron aturridos. Entonces, el hermano de Arroyo desenfundó su revólver y disparó. No sabía que el disparo actuaría como señal para un grupo de mercenarios que habían sido contratados por la C.I.A. para ayudar a barrernos de la sierra a cambio de que Arroyo garantizase plenos derechos a los Estados Unidos

para abrir una cadena de confiterías en el país. Los mercenarios, que también estaban confundidos ideológicamente después de semanas de una política exterior ambigua por parte de los Estados Unidos, atacaron el palacio por equivocación. Arroyo y sus oficiales pensaron, en un principio, en una traición de la C.I.A. y volvieron sus armas contra los invasores. En ese mismo instante, un complot maoísta largamente planeado para asesinar a Arroyo quedó truncado cuando una bomba, escondida en una piña, estalló prematuramente volando el ala izquierda del palacio y proyectando a la mujer y al hermano de Arroyo hacia las vigas de madera.

Arroyo agarró una maleta llena de talonarios suizos, se dirigió hacia la puerta trasera y saltó a su avión particular. El piloto pudo despegar por entre los disparos, pero, confundido por los extraños acontecimientos del momento, apretó el mando equivocado y el avión bajó en picado. Segundos después, se estrelló sobre el campamento del ejército mercenario causándole graves pérdidas y haciendo que abandonasen toda intención de continuar la lucha.

Durante todo este tiempo, Vargas, nuestro amado líder, adoptó una táctica brillante de meticulosa vigilancia que consistió en quedarse absolutamente inmóvil cerca de la chimenea como si fuera una estatua de cerámica negra. Cuando la situación se calmó un poco, avanzó de puntillas hasta la oficina principal y asumió el poder, haciendo una sola pausa para abrir el real refrigerador y hacerse un bocadillo de jamón.

Celebramos nuestra victoria toda la noche y todos se emborracharon mucho. Más tarde hablé con Vargas acerca de la pesada tarea de dirigir un país. Si bien cree que las elecciones libres son esenciales para el buen funcionamiento de cualquier democracia, prefiere esperar a que el pueblo esté un poco más preparado antes de llevarlo a las urnas. Hasta entonces, ha improvisado un sistema de gobierno prác-

tico basado en la monarquía por la gracia de Dios y ha premiado mi lealtad permitiéndome sentar a su derecha en las comidas. Además, estoy encargado de vigilar que su letrina esté siempre immaculada.

Para acabar con la historia de los grandes descubrimientos humanos

Descubrimiento del falso borrón de tinta y su utilización

No existe la menor prueba de que el falso borrón de tinta apareciera en Occidente antes del año 1921, aunque se sepa que Napoleón se divirtió mucho con el «vibrador jocoso», un aparato que se escondía en la palma de la mano y que causaba una vibración parecida a la eléctrica cuando entraba en contacto con otra. Napoleón tendía su mano regia en señal de amistad a un dignatario extranjero, estrechaba la palma de la víctima inocente y lanzaba imperiales carcajadas cuando el tonto de turno, con el rostro colorado, improvisaba piruetas para mayor deleite de la corte.

El vibrador jocoso sufrió varias modificaciones; la más célebre fue la que ocurrió después de la introducción del chiclet por Santa Anna¹ (estoy convencido de que el chiclet fue, en su origen, un guiso de su mujer que simplemente no había quien lo tragara) cuando tomó la forma de un paquete de chiclet de menta equipado con sutil mecanismo parecido a una trampa de ratones. La víctima, cuando se le ofrecía una barrita de chiclet, experimentaba un fuerte dolor al dispararse la barrita de acero sobre sus inocentes dedos. Por lo general, la primera reacción era de dolor, luego de risa contagiosa y, por último, de una especie de sabiduría popular. Nadie ignora ya que el viejo truco del chiclet saltarín relajó mucho la atmósfera en la batalla de Los Álamos; y, aunque no se registraron sobrevivientes, la mayoría de los historiadores piensan que las cosas podrían haber ido

1. Antonio López de Santa Anna (1795-1867), revolucionario mexicano, general, presidente y luego dictador. (N. de T.)

substancialmente peor sin este pequeño artefacto lleno de ingenio.

Con el advenimiento de la Guerra Civil, los norteamericanos procuraron aturdirse para olvidar los horrores de una nación dividida por una lucha fratricida; si bien los generales nortños preferían divertirse con el vidrio baboso, Robert E. Lee superó muchos momentos cruciales con el brillante uso de la flor regadera. En la primera época de la guerra, nadie podía acercarse a oler el perfume del «encantador clavel» en la solapa de Lee sin recibir en el ojo un buen chorro del agua del río Swanee. Sin embargo, a medida que la situación empeoraba para el sur, Lee abandonó aquella broma que había estado de moda y se limitó a colocar chinchetas en los asientos de la gente que no le caía bien.

Después de la Guerra, y hasta principios de 1900, en la era de los denominados barones del robo, el polvo de estornudar y una pequeña caja de latón, que decía ALMENDRAS y del que largas serpientes saltaban de improviso al rostro de la víctima, fueron los dos inventos más destacados en el campo de las bromas. Se decía que J. P. Morgan prefería el segundo mientras que el viejo Rockefeller disfrutaba más con el primero.

Luego, en 1921, un grupo de biólogos, reunidos en Hong Kong para comprar trajes, ¡descubrieron la falsa mancha de tinta! Hacía ya mucho tiempo que era un importante elemento en el repertorio de las diversiones orientales, y varias de las últimas dinastías sólo pudieron conservar el poder gracias a su sabia utilización de lo que parecía ser una botella derramada y una fea mancha de tinta. En realidad, la mancha era de metal.

Las primeras manchas de tinta, según me informaron, eran muy toscas y mal hechas, medían tres metros de diámetro y no engañaban a nadie.

No obstante, tras el descubrimiento del concepto de miniaturización por un físico suizo, quien probó

que un objeto de un tamaño dado podía achicarse simplemente «haciéndolo más pequeño», la falsa mancha de tinta empezó una brillante carrera.

Anduvo por el mundo hasta 1934, cuando Franklin Delano Roosevelt la detuvo y la colocó en su sitio. Roosevelt la utilizó con suma inteligencia para solucionar una huelga en Pennsylvania; los detalles del acontecimiento son divertidos. Los dirigentes sindicales y los empresarios, convencidos de que se había derramado una botella de tinta estropeando un inestimable sofá Imperio, se acusaron mutuamente del hecho. ¡Imagínense su alivio cuando se enteraron de que todo había sido una broma! Tres días más tarde, volvieron a abrirse las puertas de los altos hornos.

Para acabar con las novelas policíacas

El gran jefe

Estaba sentado en mi despacho limpiando el cañón de mi 38 y preguntándome cuál sería mi próximo caso. Me gusta ser detective privado. Cierto, tiene sus inconvenientes, me han dejado más de una vez las encías hechas papilla, pero el dulce aroma de los billetes de banco tiene también sus ventajas. No hablo siquiera de las mujeres que son una preocupación menor para mí y que coloco, en mi escala de valores, justo antes del acto de respirar. Por eso, cuando se abrió la puerta de mi oficina y entró una rubia de pelo largo llamada Heather Butkiss y me dijo que era modelo y que necesitaba mi ayuda, mis glándulas salivares se pusieron a segregarse como locas. Tenía puestos una minifalda y un jersey ajustado, y su cuerpo describió una serie de parábolas que podrían provocar un ataque cardíaco a un buey.

—¿Qué puedo hacer por ti, muñeca?

—Quiero que me encuentre a una persona.

—¿Una persona perdida? ¿Has hablado con la policía?

—No exactamente, señor Lupowitz.

—Llámame Kaiser, muñeca. Pues bien, ¿de quién se trata?

—Dios.

—¿Dios?

—Así es. Dios. El Creador, el Principio Universal, el Ser Supremo, el Todopoderoso. Quiero que usted Lo encuentre.

He tenido ya en mi despacho a más de un buen bocado, pero cuando una chica está tan buena como esta, uno debe escucharla hasta el final.

—¿Por qué?

—Kaiser, ese es asunto mío. Usted ocúpese de encontrarlo.

—Lo siento, bombón. No diste con el tipo indicado...

—Pero, ¿por qué?

—...A no ser que me des toda la información —dije poniéndome de pie.

—Está bien, está bien —dijo ella y se mordió el labio inferior. Enderezó las costuras de sus medias, gesto hecho evidentemente para mí, pero, cuando trabajo, trabajo, y no era el momento de andarse con tonterías.

—No nos apartemos del tema, nena.

—Bueno, la verdad es... que en realidad no soy modelo.

—¿No?

—No. Tampoco me llamo Heather Butkiss. Soy Claire Rosensweig, y estudio en Vassar. Filosofía. Historia del pensamiento occidental y todo eso. Tengo que entregar un trabajo en enero. Sobre religión occidental. Todas las chicas de la clase entregarán estudios teóricos. Pero, yo, ¡quiero *saber!* El profesor Grebanier dijo que, si alguien descubre la verdad, puede llegar a aprobar el curso. Y mi padre me prometió un Mercedes si apruebo con sobresaliente.

Abrí un paquete de Lucky, luego otro de chiclet, y mastiqué el cigarrillo y fumé el chiclet. La historia empezaba a interesarme. Una estudiante demasiado mimada. Inteligente y con un cuerpo por el que reto a cualquiera haber visto otro mejor.

—Su Dios, ¿que aspecto tiene?

—Nunca Lo he visto.

—Entonces, ¿cómo sabes que existe?

—Eso es lo que usted tiene que averiguar.

—¡Ah! ¿Con que no sabes qué aspecto tiene? ¿Ni dónde debo empezar a buscarlo?

—No, en realidad, no. Aunque sospecho que está en todas partes. En el aire, en cada flor, en usled y en mí... y en esta silla.

—Ya.

Así que la chica era panteísta. Tomé nota mental del detalle y dije que haría un esfuerzo por cien dólares al día, gastos a parte y una cena con ella. Sonrió y aceptó al acto. Bajamos juntos en el ascensor. Afuera anochece. Quizás Dios exista, o quizás no, pero en alguna parte de esta ciudad con seguridad había un montón de tipos que iban a tratar de impedirme averiguarlo.

Mi primera pista fue la del rabino Itzhak Wiseman, un clérigo local que me debía un favor por haberle averiguado quién le ponía cerdo en el sombrero. Me di cuenta al acto de que algo no pitaba cuando le hice unas preguntas porque se azaró mucho. Estaba asustado.

—Por supuesto que existe ya—sabe—quién, pero no puedo siquiera pronunciar Su nombre, de lo contrario me fulminaría en el acto. Entre nosotros, le diré que jamás he podido comprender por qué alguien se vuelve tan quisquilloso al pronunciar Su nombre.

—¿Le ha visto alguna vez?

—¿Yo? ¿Está bromeando? ¡Suerte tengo si alcanzo a ver a mis nietos!

—Entonces, ¿cómo sabe que existe?

—¿Cómo lo sé? ¡Vaya pregunta! ¿Podría comprarme un traje como éste por catorce dólares si no hubiera nadie allá arriba? ¡Toque, toque esa gabardina! ¿Cómo puede dudar?

—¿No tiene ninguna otra prueba?

—Oiga, ¿qué es para usted el Antiguo Testamento? ¿Un plato de garbanzos? ¿Cómo cree que Moisés pudo sacar a los israelitas de Egipto? ¿Con una sonrisa y un claque americano? Créame, ¡no se abren las aguas del mar Rojo con polvo de rascarse! Se necesita poder.

—Así pues, es un duro, ¿eh?

—Sí, un duro. Podría pensarse que con tantos éxilos estaría más amable, pero no.

—¿Cómo es que sabe usted tanto?

—Porque somos el Pueblo Elegido. Cuida más de

nosotros que de todas Sus demás criaturas. Este es un tema que, por cierto, también me gustaría comentar con Él.

—¿Cuánto Le pagáis para ser los elegidos?

—No me lo pregunte.

Entonces, así iba la cosa. Los judíos estaban liados con Dios hasta el cuello. El viejo negocio de la protección. Los cuidaba mientras pasaran por caja. Y por la manera en que el rabino Wiseman hablaba, Él encajaba lo suyo. Me metí en un taxi y me fui al salón de billar Danny en la Décima avenida. El gerente era un tipo pequeñito y sucio que no podía tragar.

—¿Está Chicago Phil?

—¿Quién quiere saberlo?

Lo agarré por las solapas pellizcando a la vez un poco de piel.

—¿Qué pasa, basura?

—En la sala del fondo —dijo cambiando actitud.

Chicago Phil. Falsificador, asaltante de bancos, hombre duro y ateo confeso.

—El tío nunca existió. Kaiser. Información de buena tinta. Es un bulo. No existe tal gran jefe. Es un sindicato internacional. Casi todo en mano de sicilianos. Pero no hay una cabeza visible. Salvo quizás el Papa.

—Tengo que ver al Papa.

—Se puede arreglar —dijo guiñando un ojo.

—¿Te dice algo el nombre Claire Rosensweig?

—No.

—¿Y Heather Butkiss?

—¡Eh, espera un minuto! ¡Sí, claro, ya lo tengo! Esa rubia teñida que anda por ahí con los tipos de Radcliffe.

—¿Radcliffe? Me dijo Vassar.

—Pues, te está mintiendo. Es maestra en Radcliffe. Estuvo liada con un filósofo durante un tiempo.

—¿Panteísta?

—No. empirista, que yo recuerde. Un tipo de poco

fiar. Rechazaba completamente a Hegel y a cualquier metodología dialéctica.

—Con que uno de esos, ¿eh?

—Sí. Primero fue batería en un trío de jazz. Luego, se dedicó al Positivismo Lógico. Cuando el asunto le fue mal, intentó el Pragmatismo. Lo último que supe de él fue que había robado dinero para montar un curso sobre Schopenhauer en Columbia. A los compañeros les gustaría ponerle la mano encima, o dar con sus libros de texto para poder revenderlos.

—Gracias, Phil.

—Hazme caso, Kaiser. No hay nadie por encima nuestro. Sólo el vacío. No podría emitir todos esos talones falsos ni joder a la gente como lo hago si por un segundo tuviera conciencia de un Ser Supremo. El universo es estrictamente fenomenológico. No hay nada eterno. Nada tiene sentido.

—¿Quién ganó la quinta en Aqueduct¹?

—Santa Baby.

—Eso sí tiene sentido.

Tomé una cerveza en O'Rourke y traté de hilvanar todos los datos, pero no dio resultado. Sócrates era un suicida, o por lo menos así decían. A Cristo lo mataron. Nietzsche murió loco. Si había realmente alguien responsable de todo eso, era lógico que quisiera que se guardara el secreto.

Y, ¿por qué había mentido Claire Rosensweig acerca de Vassar? ¿Podía haber tenido razón Descartes? ¿Era el universo dualista? ¿O es que Kant dio en el clavo cuando postuló la existencia de Dios por razones morales?

Aquella noche cené con Claire. Diez minutos después de que pagó la cuenta, estábamos en la cama y, hermano, te regalo todo el pensamiento occidental. Organizó para mí una demostración de gimnasia que se hubiera llevado la medalla de oro en los Juegos

1. El hipódromo más importante de Nueva York. (N. del T.)

Olímpicos de la Tía Juana. Más tarde, descansó sobre la almohada a mi lado con sus largos cabellos rubios desparramados. Nuestros cuerpos, desnudos aún, estaban entrelazados. Yo fumaba y miraba el techo.

—Claire, ¿y si Kierkegaard tuviera razón?

—¿Qué quieres decir?

—Si realmente jamás se pudiera *saber*. Sólo tener fe.

—Eso es absurdo,

—No seas tan racionalista.

—Nadie es racionalista, Kaiser. —Ella encendió un cigarrillo—. Lo único que te pido es que no empieces con la ontología. No en este momento. No podría aguantar que fueras ontólogo conmigo. Kaiser.

Se había mosqueado. Me acerqué para besarla cuando sonó el teléfono. Ella contestó.

—Es para ti.

La voz al otro lado de la línea era la del sargento Reed, de Homicidios.

—¿Todavía a la caza de Dios?

—Sí.

—¿Un ser Todopoderoso? ¿El Creador? ¿El Principio Universal? ¿El Ser Supremo?

—Así es.

—Un tipo, que se ajusta a la descripción, acaba de aparecer en el depósito de cadáveres. Mejor que venga a echarle un vistazo.

Era Él sin lugar a dudas y, por lo que quedaba de él, se trataba de un trabajo profesional.

—Ya estaba muerto cuando Lo trajeron.

—¿Dónde Lo encontraron?

—En un depósito de la calle Delancey.

—¿Alguna pista?

—Es el trabajo de un existencialista. Estamos seguros.

—¿Cómo lo saben?

—Todo hecho muy al azar. No parece que hayan seguido ningún sistema. Un impulso.

—¿Un crimen pasional?

—Eso es. Lo que significa que eres sospechoso, Kaiser.

—¿Por qué yo?

—Todos los muchachos del departamento conocen tus ideas sobre Jaspers.

—Eso no me convierte en un asesino.

—Aún no, pero sí en un sospechoso.

Una vez en la calle, llené mis pulmones de aire puro y traté de poner orden en mis ideas. Tomé un taxi a Newark y caminé cien metros hasta el restaurante italiano Giordino. Allí, en una mesa del fondo, estaba Su Santidad. Era el Papa, seguro. Sentado con dos tipos que yo había visto media docena de veces en la comisaría en sesiones de identificación.

—Siéntate —dijo levantando los ojos de sus spaghetti. Me acercó el anillo. Sonreí mostrando todos los dientes, pero no se lo besé. Le molestó, y yo me alegré. Un punto para mí.

—¿Te gustarían unos spaghetti?

—No gracias, Santidad. Pero siga comiendo, que no se le enfríen.

—¿No quieres nada? ¿Ni siquiera una ensalada?

—Acabo de comer.

—Como quieras, pero mira que aquí sirven una estupenda salsa Roquefort con la ensalada. No como en el Vaticano donde es imposible conseguir una comida decente.

—Iré al grano, Pontífice. Estoy buscando a Dios.

—Has llamado a la puerta adecuada.

—Entonces, ¿existe? —Mi pregunta les pareció divertida y se rieron. El hampón sentado a mi lado, dijo:

—¡Eso sí tiene gracia! ¡Un chico inteligente que quiere saber si Él existe!

Moví la silla para estar más cómodo y coloqué mi pierna izquierda sobre su dedo gordo del pie.

—¡Lo siento! —dijo, pero el tipo estaba que bramaba.

El Papa tomó la palabra:

—Por supuesto que Él existe, Lupowitz. Yo soy el único que se comunica con Él. Sólo habla a través mío.

—¿Por qué usted, amigo?

—Porque yo soy quien lleva el traje rojo.

—¿Este atuendo?

—¡No toques con esos dedos sucios! Me levanto cada mañana, me pongo este traje rojo y, de pronto, me convierto en un gran queso. Todo está en el traje. Imagínate si anduviera por ahí en pantalones estrechos y en niki ¿qué sería de la cristiandad?

—¡El opio del pueblo! ¡Ya me lo temía! ¡Dios no existe!

—No lo sé. Pero, ¿qué más da? Mientras haya dinero...

—¿No le preocupa que la tintorería no le devuelva a tiempo el traje rojo y vuelva a ser como todos nosotros?

—Uso un servicio especial de veinticuatro horas. Vale la pena gastarse un poco más y estar seguro.

—¿El nombre Claire Rosensweig le dice algo?

—Seguro. Está en el departamento de ciencias de Bryn Mawr.

—¿Ciencias, dice? Gracias.

—¿Por qué?

—Por la respuesta, Pontífice.

Me metí en un taxi y crucé volando el puente George Washington. En el camino, me detuve en mi oficina para hacer unas verificaciones rápidas. Durante el trayecto hacia el piso de Claire, aclaré el rompecabezas. Las piezas, por primera vez, encajaban a la perfección. Cuando llegué a su casa, ella llevaba su diáfana bata y parecía estar preocupada por algo.

—Dios ha muerto. La policía estuvo aquí. Te están buscando. Piensan que ha sido un existencialista.

—No, querida, fuiste tú.

—¿Qué? No hagas bromas, Kaiser.

—Tú fuiste quien lo hizo.

—¿Qué estás diciendo?

—Tú, angelito. Ni Heather Butkiss ni Claire Rovensweig, sino la doctora Ellen Shepherd.

—¿Cómo supiste mi nombre?

—Profesora de física en Bryn Mawr. La persona más joven que llegara a estar al frente de un departamento en esa universidad. Durante la fiesta de fin de curso, te liaste con un músico de jazz que se inyecta mucha filosofía. Está casado, pero eso no te detuvo. Un par de noches revoleándote con él en el heno y ya te pareció que era el gran amor. Pero no funcionó, porque alguien se interpuso entre los dos: ¡Dios! Ves, muñeca, él creía, o quería creer, pero tú, con esa hermosa cabecita científica, necesitabas la certeza absoluta.

—No, Kaiser, te lo juro.

—Entonces, simulas estudiar filosofía porque eso te da la posibilidad de eliminar ciertos obstáculos. Te deshaces de Sócrates con cierta facilidad, pero aparece Descartes y, entonces, te sirves de Spinoza para liquidar a Descartes, y, cuando llega Kant, también tienes que eliminarlo.

—No sabes lo que dices.

—A Leibnitz lo hiciste picadillo, pero eso no fue suficiente, porque sabías que, si alguien oía hablar a Pascal, estabas lista; entonces, también a él había que sacártelo de encima, pero allí fue donde cometiste el error, porque confiaste en Martin Buber. Te falló la suerte. Creía en Dios y, por tanto, tenías que librarte del mismo Dios y, por si fuera poco, por tus propias manos.

—¡Kaiser, estás loco!

—No, nena. Te hiciste pasar por panteísta creyendo que eso te conduciría hasta Él, si es que Él existía, y existía. Te llevó a la fiesta Shelby y, cuando Jason no miraba, lo mataste.

—¿Quién diablos son Shelby y Jason?

—¿Qué importancia tiene? Ahora, de cualquier modo, la vida es absurda.

—Kaiser —dijo ella, presa de un súbito estremecimiento—, ¿me entregarás?

—¿Cómo no, muñeca? Cuando el Ser Supremo recibe una paliza como ésta, *alguien* tiene que pagar los platos rotos.

—Oh, Kaiser, podemos escaparnos juntos, lejos de aquí. Sólo nosotros dos. Podríamos olvidar la filosofía. Establecernos en algún lugar y, tal vez, más tarde dedicarnos a la semántica.

—Lo lamento, nena. No hay trato.

Ya estaba bañada en lágrimas cuando empezó a bajarse la bata por los hombros. Quedó de pronto desnuda ante mí como una Venus cuyo cuerpo parecía decirme: «Tómame, soy tuya». Una Venus cuya mano derecha me acariciaba el pelo mientras la izquierda empuñaba una 45 que apuntaba mi espalda. Le descargué en el cuerpo mi 38 antes de que pudiera apretar el gatillo; dejó caer la pistola y se dobló con un gesto de total sorpresa.

—¿Cómo pudiste hacerlo, Kaiser?

Se debilitaba rápidamente, pero me las arreglé para contarle el resto de la historia.

—La manifestación del universo, como una idea compleja en sí misma, en oposición al hecho de ser interior o exterior a su propia Existencia, es inherente a la Nada conceptual en relación con cualquier forma abstracta existente, por existir, o habiendo existido en perpetuidad sin estar sujeto a las leyes de la física, o al análisis de ideas relacionadas con la antimateria, o la carencia de Ser objetivo o subjetivo, y todo lo demás.

Era un concepto sutil, pero espero que lo haya pescado antes de morir.